
GERVAIS Y MVSSET.
FANSOMAS
Melodrama detectivista en siete actos.

FANSOMAS

EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR, ASALTO, 45 — BARCELONA

GERVAIS Y MUSSET.

FANSOMAS

Melodrama detectivista en siete actos.



DIVIDIDOS EN OCHO CUADROS

ARREGLO DE

LUIS SUÑER CASADEMUNT

REPRESENTADO EN EL TEATRO APOLO, DE BARCELONA, EL DIA 28 DE FEBRERO DE 1915



TÍTULOS DE LOS CUADROS

I. — EL ARRESTO DE FANSOMAS.

II. — LAS SORPRESAS DE PLANCHÉ.

III. — LA ALONDRA Y EL MILANO.

IV. — LA FAMILIA DE FANSOMAS.

V. — UN ROBO ORIGINAL.

VI. — DE JUDÍO A LADRÓN VA CERO.

VII. — EL RATÓN COGIÓ AL GATO.

VIII. — LA VENGANZA DE FANSOMAS.

REPARTO

Personajes	Actores
REGINA	Sra. *Caparó.*
SEÑORA DELABARRE	» *Bayona.*
SEÑORA POMEER.	» *Gassó.*
INVITADA 1.ª	» *Losada.*
INVITADA 2.ª	» *Jofre.*
FANSOMAS.	Sr. *Delor.*
BARÓN DE GARUBIER	» *Perelló.*
ISMAEL.	» *Rojas.*
PLANCHÉ	» *Carnicero.*
RENÉ	» *Serra.*
FARSOT	» *Rubio.*
JULES MICHAUD.	» *Lluellas.*
DUGLAST	» *Crespo.*
MISTER DIXON	» *Mer.*
CARLOT	» *Guilemany.*
GUARDIÁN DE LA COMISARÍA . .	» *Castells.*
RENARD	» *Ros.*
UN CRIADO	» *Ferrer.*

Policías, invitados, etc.

Dirección escénica: MIGUEL ROJAS.

ACTO PRIMERO

Un calabozo de la Comisaría. Puerta al foro, hacia la izquierda, con robustos goznes y gruesos cerrojos, de modo que al abrirse la puerta produzca mucho ruido. Ventana a la derecha, protegida por una fuerte reja, y al pie de la misma un banco de suficiente anchura para que puedan tenderse en él los detenidos. Paredes y bóvedas sucias y obscuras. Escasa luz que penetra por la ventana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón la escena aparece sola; óyense algunas voces en el foro, rechinar las llaves y cerraduras, vése abrir la puerta pesadamente y aparecer primero FANSOMAS, con abrigo de pieles y sombrero de copa y guantes, irreprochablemente vestido, y el GUARDIÁN DE LA COMISARÍA, que, sin moverse del foro, una vez dentro Fansomas cierra la puerta, volviéndose a oir el mismo ruido de los cerrojos.

FANSOMAS Gracias, muchas gracias; yo agradezco infinito su fina amabilidad; no se moleste usted, puede cerrar cuando guste. (Saluda cortésmente a la puerta que se ha cerrado.) Perfectamente. (Examinando el calabozo.) Vamos, esa gente de mal vivir, huéspedes sempiternos en tales alojamientos, se quejan de puro vicio. No es tan malo como me figuraba un calabozo de la Comisaría. Aquí se disfruta de completa seguridad personal; no le incomodan a uno ni los vecinos ni los transeuntes, no hay temor tam-

poco de que le aplaste un auto ni le atropelle una bicicleta, y en una palabra : esos muros son lo suficientemente resistentes, y le ponen a uno al amparo de cualquier peligro. No es que el confort se halle a la misma altura que la seguridad personal, pero hay un banco donde puede uno sentarse y hasta tenderse, y comprendo que pedir más sería gollería. Ea, fuera el abrigo y los guantes. (Se lo quita, quedando en traje de frac.) Es una lástima no tener a mano un batín, que me libraría de esa forzosa etiqueta. Pero así estaré en carácter para recibir mis visitas. Cuando menos, la del famoso Planché, a quien mi captura debe tener orgulloso ; a buen seguro que querrá gozarse en su triunfo, visitándome en mi encierro. Dejemos que por algunas horas, por lo menos, se crea el vencedor, que cuanto más se enorgullezca más vergonzosa será su derrota. ¡ Imbécil ! no ha sospechado siquiera que mi captura es el primer número de mi programa.

ESCENA II

Dicho, ábrese, después del conveniente ruido de llaves y cerrojos, la puerta, apareciendo el reporter MICHAUD, después de mostrar una tarjeta al GUARDIÁN, y penetran los dos.

FANSOMAS Vamos, no quieren que me aburra solo.

GUARDIÁN Este caballero ha obtenido permiso del señor comisario para hablar a usted.

MICHAUD Confiando que no le molestarán mis preguntas, alguna de las cuales juzgará usted indiscretas...

FANSOMAS Ante todo, señor mío, desearía saber con quién tengo el honor de hablar.

MICHAUD Con mucho gusto. (Dándole una tarjeta.)

FANSOMAS (Leyendo la tarjeta.) «Jules Michaud, redactor del *Eclair.*» ¿Es usted periodista?

MICHAUD En efecto, y como reporter desearía celebrar con usted una intervieu, ya que su celebridad la hará en extremo interesante a nuestros favorecedores.

FANSOMAS Confieso que nunca me había ocurrido semejante cosa, y no tengo inconveniente alguno en complacerle, contestando a cuantas preguntas tenga usted a bien dirigirme.

GUARDIÁN (Sí, vamos, uno de ésos que se meten en lo que no les importa. Pues yo voy a ver si saco provecho.)

MICHAUD No esperaba menos de su amabilidad.

GUARDIÁN Y oiga usted, señor Michaud, ¿no podría usted hablar en su periódico, así, como si fuera cosa suya, de que es una injusticia la que se comete conmigo, no dándome ni un pequeño ascenso después de tantos años? Otros hay que con menos méritos y muchos menos años de servicio disfrutan de buenos sueldos y ocupan cargos importantes en varias penitenciarías.

MICHAUD Sí, señor, ya lo creo, su celo, su honradez, su inteligencia, se tienen en un lamentable olvido.

GUARDIÁN ¿De modo que usted sabe que yo...?

MICHAUD No, yo no sé nada.

GUARDIÁN En tal caso será que la prensa está enterada de...

MICHAUD No, no, señor, tampoco; que yo sepa, no está enterada de nada.

GUARDIÁN Pues entonces...

MICHAUD Eso es lo de menos para hacer una campaña. Si nosotros los periodistas tuviéramos que enterarnos de aquello que defendemos, sería corta la vida. Me basta lo que usted ha dicho, y a usted debe bastarle que yo quiera publicarlo; aquí lo demás es lo de menos.

GUARDIÁN Comprendido, comprendido. Crea que se lo agradeceré infinito.

MICHAUD No vale la pena; las columnas de los periódicos son feudo exclusivo de los perio-

distas y sus amigos. Los lectores no han de saber otra cosa que lo que a nosotros nos interesa que sepan. O sino, vamos a ver : ¿qué ventaja tendría para nosotros la prensa?

FANSOMAS Sí, señor, estamos de acuerdo ; beneficiarse de ella en provecho propio. Ya ve usted, y porque yo me aprovecho en el mío, de cuanto me viene a mano, se me persigue y encarcela.

MICHAUD ¡ Por Dios, amigo Fansomas, hay que distinguir !

FANSOMAS En provecho suyo también, ¿verdad?

MICHAUD En mal concepto nos tiene usted a los periodistas.

FANSOMAS Al contrario, después de sus francas explicaciones, tiene usted todas mis simpatías. (Oyese un timbre.)

GUARDIÁN El señor comisario me está llamando.

MICHAUD Pues vaya usted, puede encerrarnos a los dos, si gusta, (Señalando a Fansomas) pues yo no tengo prisa alguna.

GUARDIÁN ¿Es qué...?

FANSOMAS Ya comprendo. ¿Teme usted dejarme con el señor, creyendo que es tal vez un cómplice mío, y entre los dos vamos a tramar mi evasión?

MICHAUD ¡ Qué disparate !

FANSOMAS Es éste un medio muy usado en las novelas y melodramas detectivistas ; casi inverosímil.

GUARDIÁN Inverosímil, sí, señor, y sólo se comprende cuando el encargado de vigilar al preso es tonto de remate.

FANSOMAS Cosa que en usted no sucede, y que me felicito de ello. Créame : no hay cosa peor que tratar con un carcelero imbécil o de cortos alcances, pues nunca sabe uno a qué atenerse.

GUARDIÁN Gracias por el buen concepto en que usted me tiene, y me alegro de ello, porque así se evitará usted inútiles tentativas.

FANSOMAS (Con intención.) Yo le prometo que no haré ni una tentativa inútil.

GUARDIÁN Lo celebraré. Voy, pues, a ver lo que se ofrece al señor comisario, y permítame usted (A Michaud) que me vea obligado a encerrarle también por unos momentos.

MICHAUD No importa, pues a ello me creo obligado, en cumplimiento de mi deber.

GUARDIÁN Con su permiso, pues. (Vase el guardián y óyese cerrar la puerta.)

ESCENA III

FANSOMAS y MICHAUD.

FANSOMAS Deploro no poderle a usted ofrecer sitio mejor donde sentarse que este banco.

MICHAUD No será para usted tampoco muy agradable semejante alojamiento.

FANSOMAS Bah, una noche mala se pasa de cualquier modo.

MICHAUD ¿Pero es que cree no permanecer aquí más que una noche?

FANSOMAS ¡Ni una noche tampoco!

MICHAUD ¿Será posible?

FANSOMAS Así lo creo.

MICHAUD ¿Piensa usted romper los hierros de esta reja?

FANSOMAS Ni lo imagino siquiera. En primer lugar, porque tienen suficiente resistencia, y luego, porque aun lográndolo, la ventana está lo suficiente vigilada para que no pudiera escaparme por ella.

MICHAUD Las cerraduras y los goznes de la puerta no creo tampoco que puedan ser forzados.

FANSOMAS Cometería la estupidez número dos, si me propusiera tal cosa.

MICHAUD Entonces no concibo, como no sea en espíritu, que pueda usted salir de su encierro.

FANSOMAS Comprenda usted, señor Michaud, que si

no he tenido inconveniente en declararle cuáles son los medios que no intento emplear, me reserve aquellos que crea de un éxito seguro.

MICHAUD Sí, vamos, guarda usted el secreto profesional, que digamos.

FANSOMAS Exactamente.

MICHAUD Es usted altamente simpático.

FANSOMAS Muchas gracias.

MICHAUD Y resulta interesantísima su conversación. (Abrese nuevamente la puerta, tras los ruidos, apareciendo el guardián.)

ESCENA V

Dichos, GUARDIÁN; a poco, señora DELABARRE, y tras de ella, varios MOZOS de mueblista, con los objetos que se indican.

FANSOMAS (Al guardián.) ¿Qué se le ofrecía al señor comisario? ¿Le ha comunicado alguna nueva orden acerca de mi persona?

GUARDIÁN De usted se trata precisamente, y confieso que lo que está ocurriendo es el primer caso que he visto.

FANSOMAS (¿Qué será?)

MICHAUD ¿El primer caso? A ver, cuente, cuente usted.

GUARDIÁN Sencillamente, que una señora se ha presentado aquí, en la Comisaría, seguida de varios mozos mueblistas y tapiceros, pidiendo permiso para amueblarle a usted el calabozo.

FANSOMAS ¿Qué?

GUARDIÁN Sí, señor.

MICHAUD ¿Pero habla usted en serio?

GUARDIÁN Muy en serio.

FANSOMAS ¿Quién será esta mujer?

GUARDIÁN A lo cual el señor comisario no ha podido negarse, en vista de las recomendaciones de que se ha valido para que le concedieran el permiso.

MICHAUD ¡Oh! sin duda se trata de alguna de sus apasionadas. (Con intención.)

GUARDIÁN Es la señora Delabarre.

FANSOMAS No conozco a semejante señora.

GUARDIÁN Pues aquí la tiene usted.

MICHAUD ¡Qué interesante va resultando todo esto! (Aparece la señora Delabarre, una vieja ridícula, seguida de mueblistas y tapiceros, con lo que se indica, y adornan con ello el calabozo.)

FANSOMAS Señora...

DELABARR. Ah, ¿es usted el propio, el auténtico Fansomas, el héroe de las incomprensibles aventuras? ¿el misterioso ladrón?

FANSOMAS Tengo ese honor, señora.

DELABARR. ¡Es usted sencillamente admirable! (Con entusiasmo.)

FANSOMAS (¿Quién será esta vieja?)

MICHAUD (¿Estará loca?)

DELABARR. ¡Ah! bien me figuraba que le tendrían a usted encerrado en una miserable mazmorra, en un inmundo calabozo con fuertes rejas.

GUARDIÁN ¿Pues qué se figuraba usted, señora?

DELABARR. A usted, el hombre de gustos refinados, acostumbrado a vivir a lo príncipe. ¡Oh! ¡qué horrible! ¡qué horrible es esto!

MICHAUD (¡Loca de remate!)

DELABARR. (A los tapiceros.) A ver, pronto, oculten ustedes esa odiosa reja con un tapiz de Smirna (Lo hacen) y cubran esas frías baldosas con una carpeta de Persia. (Extienden en el suelo una magnífica alfombra.)

GUARDIÁN A ver, un momento; permítame, señora, que en cumplimiento de mi deber examine todo eso. (Lo examina todo.)

DELABARR. ¿Pero usted supone?

GUARDIÁN Nada, señora, pero toda precaución es poca. (Sigue examinando.)

DELABARR. (A otros.) Coloquen ustedes algunos platos de Fayance y porcelanas en los muros. (Lo hacen.) A ver, este inmundo banco, cúbranlo ustedes y pongan en él al-

mohadones. Vengan los muebles ahora. (Todos los personajes contemplan a aquellos operarios sin decir palabra.) Aquí, esa cheslong. Ese veladorcito con recado de escribir.

GUARDIÁN No, nada de papel ni tinta, eso está prohibido.

DELABARR. ¡ Qué crueldad !

FANSOMAS Puede usted suprimirlo ; no pienso tampoco escribir a nadie desde aquí.

DELABARR. Esas dos butaquitas de consulta, una a cada lado de la mesa. Aquí, en este ángulo, (A la izquierda) ese pedestal, con la escultura. (Ponen un artístico pedestal y una estatua.) La lámpara ahora. (Colocan una lámpara de pie con artística pantalla.) Así ; su luz esparcirá una misteriosa claridad, a cuyos reflejos resultará su figura altamente interesante. Ahora, flores, muchas flores. (Aparecen dos mozos con una canasta de flores con las cuales la señora Delabarre adorna la escena.) A ver, el paravant frente a la puerta. (A Fansomas.) Tome usted asiento, se lo suplico. (Lo hace sentar en un sillón.) Pueden ustedes retirarse, (A los mozos, que después de arreglar la escena se retiran) y usted también si gusta. (Al guardián.)

GUARDIÁN ¡ Señora !...

DELABARR. Sí, sí, señor, ya sabe usted que tengo permiso del señor comisario para permanecer hasta las ocho en compañía del preso. En cuanto vengan con la cena, que para el señor encargué en el Gran Hotel, tenga usted la amabilidad de pasar aviso.

MICHAUD (¡ Habrá cena !) Soy periodista, señora.

DELABARR. Lo siento, pero no encargué más que un cubierto para el señor.

MICHAUD (¡ Qué lástima !)

GUARDIÁN Le advierto que a pesar de todas las recomendaciones, examinaré uno por uno lo que contengan los platos.

DELABARR. ¿Y puede usted suponer?...

GUARDIÁN No supongo nada, pero sé cuál es mi obligación, les advierto que ni un minuto más

de las ocho. Ahí quedan ustedes, y no extrañen que cierre la puerta, pues aunque sean de oro las jaulas de los pájaros, no dejan de ser jaulas. (Vase, oyéndose cerrar.)

ESCENA V

Dichos, menos el GUARDIÁN. El calabozo ha quedado artísticamente adornado, contrastando con la negrura de las paredes.

FANSOMAS Señora, querrá usted ahora explicarme a qué debo sus bondades, que, cual si fueran un cuento de hadas, trasformaron de tal modo mi encierro?

MICHAUD (Ahora lo sabremos. ¡Qué artículo más sensacional publicaré mañana!)

DELABARR. Se lo confesaré a usted sin rodeos. Siento por sus atrevidas y maravillosas hazañas un entusiasmo que raya en adoración. Los relatos de sus robos misteriosos, sus apariciones incomprensibles, como realizadas a través de las paredes en las más suntuosas moradas, en los mismos dormitorios de las más aristocráticas damas, mientras están entregadas al descanso, cubierta su cabeza con el negro capuchón, como aparición fantástica, de tal modo han provocado, repito, mi adoración y entusiasmo, que son muchísimas las noches que en sueños le veo a usted penetrar como una sombra en mi propia alcoba, desprendiéndose de algún retrato de los que adornan las paredes de mi dormitorio. ¿Cómo no se le ha ocurrido venir nunca a robarme nada en mi casa?

FANSOMAS Usted perdone, señora, confieso realmente que no se me ha ocurrido.

MICHAUD (¿Pero hablará en serio esta mujer?)

DELABARR. Siento por usted tal veneración, que al enterarme de su captura, supuse en el inmundo lugar donde le tendrían a usted en-

cerrado, y puse en juego todas mis influencias, a fin de que me concedieran el permiso necesario para que, teniendo con ello ocasión de verle y admirarle de cerca, pudiera al mismo tiempo suavizar en lo posible el estado en que supuse le habían reducido, haciéndole más llevadero el encierro.

FANSOMAS Señora, no podía imaginar que tuviera tal devota, y no sé cómo ofrecerle mi profunda gratitud.

DELABARR. Reconozco en usted el héroe que me había imaginado.

FANSOMAS Señora...

DELABARR. Sí, sí... entusiásticamente debo declararlo. (Fansomas, sentado, adopta una posición académica, la señora Delabarre, sentada cerca de él, lo contempla arrobada, y Michaud, de pie, un poco separado.)

FANSOMAS (¿Pero qué me querrá esa ridícula vieja?)

MICHAUD (Sacando un pequeño Kodak.) ¿Me permiten ustedes sacar una instantánea?

DELABARR. Aguarde, aguarde un momento. (Se levanta, adorna con flores la mesa y adopta una posición ridícula cerca de Fansomas.) Ahora, ahora. Así.

MICHAUD ¡ Perfectamente ! (Figura abrir el objetivo y se guarda la cámara.) Ya está. Mañana haremos una tirada enorme. Pondremos : «Fansomas y una aristocrática admiradora suya en el calabozo de la Comisaría.»

DELABARR. Sí, señor, y una joven aristocrática admiradora.

MICHAUD (Lo malo es que ni la admiradora les parecerá joven, ni el calabozo un calabozo.)

DELABARR. ¿Pero cómo cayó usted esta vez en manos del policía Planché, cuando tan hábilmente y en circunstancias más difíciles le había burlado?

MICHAUD Eso es lo que tampoco comprendo. Confiese que tuvo usted un descuido. Quizá demasiada confianza en sí mismo.

FANSOMAS ¿Así lo creen ustedes? Nada de eso.

DELABARR. Ya decía yo.

MICHAUD (Sacando una cartera y lápiz, al ver que Fansomas se dispone a hablar.) Aguarde, aguarde un momento.

FANSOMAS ¿Qué? ¿va usted a publicar en su periódico cuanto yo diga aquí?

MICHAUD Como que resultará altamente interesante para nuestros lectores.

FANSOMAS Sepan, pues, ustedes que hace tres días escribí a Planché, diciéndole que esta noche, en el baile que se da en el palacio del barón de Garubier, yo le robaría a la señora baronesa el pendentif del célebre brillante negro.

MICHAUD Aguarde..., aguarde... (Escribiendo precipitadamente.) Le advierto que habrá una cena espléndida. Inútil es decirle que estoy invitado y asistiré.

DELABARR. ¿Y eso le escribió usted?

FANSOMAS No tan sólo al policía Planché, sino que igualmente lo hice a la esposa del barón en iguales términos.

DELABARR. ¡ Qué imprudencia !

FANSOMAS ¿Lo cree usted así?

MICHAUD Y yo también.

FANSOMAS Pues se engañan ustedes. Todo ha salido conforme a mis deseos.

MICHAUD ¿Dejándose encarcelar?

FANSOMAS Justamente. Por algo me apellidan incomprensible.

MICHAUD Realmente, más incomprensible que esto... pero aguarde... aguarde... (Vuelve a escribir.)

DELABARR. ¡ Oh ! incomprensiblemente encantador. (Con entusiasmo.)

FANSOMAS Para que pueda realizarse cuanto me he propuesto era indispensable que les dejara apoderar de mi persona.

MICHAUD Cada vez lo entiendo menos.

DELABARR. ¡ Emocionante ! ¡ interesantísimo !

MICHAUD ¿Pero por qué razón, vamos a ver?

FANSOMAS No tengo ningún inconveniente en decír-

selo. Porque sabiéndose en casa del barón que he sido capturado esta tarde, y puesto a buen recaudo, la señora baronesa no tendrá inconveniente en lucir la joya.

MICHAUD Permita... permita... ¿Y para que ella pueda lucirla, dejóse usted prender?

FANSOMAS Ni más ni menos.

DELABARR. ¡Deliciosamente enigmático!

MICHAUD Señora, yo creo que el amigo Fansomas se está burlando de nosotros.

FANSOMAS Hablo en serio.

MICHAUD Y mientras se daba el baile, permanecer usted en el calabozo de la Comisaría vestido de etiqueta.

FANSOMAS Usted lo ha dicho, vestido de etiqueta, con cuyo traje me hice sorprender, a fin de evitarme el trabajo de ir luego a mi casa a ponérmelo.

MICHAUD ¿Pero es que piensa usted asistir al baile?

FANSOMAS Con toda seguridad.

MICHAUD Vaya, sigue usted queriendo abusar de nuestra candidez.

DELABARR. ¡Asistirá!... ¡Asistirá!... no me cabe la menor duda.

MICHAUD Señora, por Dios... (A Fansomas). ¿Pero cómo? ¿vamos a ver?

FANSOMAS Amigo mío, y digo amigo, porque no hace mucho me honró usted llamándomelo también; creo que me resultaría altamente peligroso darle más explicaciones.

DELABARR. Tiene razón, tiene razón. Ustedes los periodistas son muy peligrosos.

MICHAUD Pero, en definitiva, ¿usted confía en asistir al baile?

FANSOMAS Lo único que puedo decirle es que esta madrugada el brillante negro estará en mi poder.

MICHAUD (Escribiendo.) Aguarde, aguarde... «Fansomas, desde su calabozo, asegura apoderarse esta misma noche del pendentif de la señora baronesa.»

DELABARR. ¡Qué extraordinaria seguridad en sí mismo!

FANSOMAS Puede usted publicarlo si le parece, porque cuando salga a luz estará ya la joya en mi poder.

ESCENA VI

Dichos, el GUARDIÁN, y luego, dos CAMAREROS, conduciendo una mesa espléndidamente servida.

GUARDIÁN Acaban de llegar del Gran Hotel dos camareros con la cena encargada.

FANSOMAS Señora, yo no merezco sus bondades.

DELABARR. Usted es un ser extraordinario, admirable, y se lo merece todo.

GUARDIÁN (Lo que merece es un grillete.) Le advierto que examiné los platos uno a uno, y partí el pan en pedazos, a fin de asegurarme si contenían algo dentro.

DELABARR. ¿Y ha cometido usted desatención semejante ante los camareros del Gran Hotel?

GUARDIÁN Yo cumplo mi deber ante el mismo Presidente de la República, señora. (Se dirige al foro y aparecen los dos camareros con la mesa.)

DELABARR. Aquí, aquí... (Hace colocar la mesa en primer término derecha.) Pongan aquí el paravant. (Lo hace colocar tras la mesa.) Aquí la lámpara. (La hace colocar cerca la mesa.) Usted siéntese. (A Fansomas.)

FANSOMAS (Está loca esta mujer. (Sentándose.)

DELABARR. Y flores... muchas flores... (Le adorna la mesa.)

FANSOMAS (Pero qué manía tiene esa vieja en rodearme de flores.)

MICHAUD (Eso abre el apetito a cualquiera.) ¿Otra instantánea?

FANSOMAS Impresione usted lo que quiera.

DELABARR. Aguarde, hágalo mientras yo le sirvo el Sauternes, (Lo hace.) y ponga usted el epígrafe: «La misma joven aristocrática sirviéndole la cena.»

MICHAUD Ya está. (Guarda el aparato.)

GUARDIÁN Advierto a ustedes que son ya las ocho, y deben retirarse todos.

DELABARR. ¿Y no quedará nadie para servirle?

GUARDIÁN Ya se servirá él mismo, pues hasta el café tiene en la mesa.

DELABARR. Tendrá usted que resignarse. (A Fansomas.)

FANSOMAS No hay hombre más resignado que yo, señora.

MICHAUD (Me parece que esta vez de algo te servirá la resignación.) Doy a usted gracias por su extremada amabilidad, que me proporciona un triunfo de reporter.

DELABARR. Adiós, Fansomas.

FANSOMAS Señora, repito que será para usted eterno mi agradecimiento.

DELABARR. Confío en su triunfo, que será un nuevo título a la admiración que por usted siento.

FANSOMAS Me creo obligado a no defraudarle el buen concepto que le merezco. (Se levanta de la mesa.)

DELABARR. No, no se incomode. Adiós, sublime, incomprensible.

FANSOMAS (Acompañándola a la puerta.) Señora, permítame que le haga los honores de mi calabozo.

DELABARR. Gracioso, gracioso. (Le estrecha la mano.)

MICHAUD ¡ Buena suerte, amigo mío ! (Dándole también la mano.)

FANSOMAS Y hasta luego. (Se despiden y quedan Fansomas, que vuelve a sentarse a la mesa, y el guardián.)

GUARDIÁN ¡ Opípara cena !

FANSOMAS Que debo a la amabilidad de esa señora. Si usted gusta acompañarme.

GUARDIÁN No, gracias.

FANSOMAS Ya comprendo. ¿Es que teme usted que haya en la comida algo preparado, o que tal vez sea cómplice mío, la que acaba de salir? (Come.) Puedo jurarle que ni siquiera sé esta señora cómo se llama, y que jamás habría soñado tener semejante admiradora. (Llaman a la puerta.) Parece que llaman.

GUARDIÁN Voy a verlo, pero si es una nueva visita se llevará chasco.

FANSOMAS Le agradeceré que la despida, pues no estoy tampoco para recibir a nadie. (Guardián abre y aparece Planché.)

ESCENA VII

Dichos y PLANCHÉ.

GUARDIÁN Ah, el señor Planché; a usted no puedo negarle la entrada.

FANSOMAS (Esperaba su visita.)

PLANCHÉ ¿Qué? ¿qué es esto? (Sorprendido al ver los adornos del calabozo.)

FANSOMAS Ya ve usted, amigo mío, llega en la mejor ocasión. (Se levanta y muestra la mesa.)

PLANCHÉ ¿Cómo el señor comisario ha consentido que se amueblara de tal modo el calabozo?

FANSOMAS Lo debo a la espléndidez e influencia de una, hasta hoy, desconocida admiradora de mis hazañas.

PLANCHÉ Esto es un sarcástico abuso, que no debía tolerarse.

GUARDIÁN Advierto al señor Planché que en los calabozos de la Comisaría no reza para nada el régimen carcelario, y que los detenidos, mientras no atenten a su seguridad, pueden a sus expensas proporcionarse cuanto les plazca.

PLANCHÉ Tiene usted razón, y hasta comer opíparamente, para despedirse y por largo tiempo de semejantes banquetes, pues mañana mismo ingresará en la cárcel, y allí no hay distinciones, pues vendrá usted obligado a comer lo que comen los demás presos.

FANSOMAS Tengo un paladar delicadísimo, (Comiendo y bebiendo.) y difícilmente podría acostumbrarme. Además, yo no puedo prescindir del champagne, para la digestión.

PLANCHÉ Pues será la última copa que beba usted esta noche aquí.

FANSOMAS Pienso esta misma noche beber otra, tal vez brindando por usted mismo, en el baile del palacio del barón de Garubier.

PLANCHÉ ¿Qué menos puedo dejarle a usted que las ilusiones?

FANSOMAS Y yo por el contrario, ¿qué más puedo hacer que comunicarle francamente mis proyectos?

PLANCHÉ No sé de qué medios piensa usted valerse.

FANSOMAS Conque los sepa yo es lo suficiente.

PLANCHÉ (Al guardián.) ¿Se le ha examinado la comida?

GUARDIÁN Escrupulosamente.

PLANCHÉ Usted me responde de él.

GUARDIÁN Con mi cabeza.

FANSOMAS Muy reñido estará usted con ella.

PLANCHÉ Vaya, comprenda que es ridículo alimentar esperanzas.

FANSOMAS Lo sería si no fueran más que esperanzas.

GUARDIÁN Yo aseguro a usted, señor Planché, que nada le han introducido en la comida; hasta el pan han partido en pedazos.

PLANCHÉ Perfectamente.

FANSOMAS Sí, sí, señor, véalo usted.

GUARDIÁN Sé tomar todas las precauciones.

FANSOMAS Ya veo que es usted hombre de experiencia, pero no la suficiente, y voy a demostrárselo. Mire usted, aquí tengo unos soberbios canelonis, que debía usted partir por la mitad cuando menos; dentro su masa podían ocultarse varias sierras de cabello. Pero no hay nada de eso. (Los parte.) Aquí están partidos; no contienen nada que no sea perfectamente comestible. (Los come.)

PLANCHÉ Tiene razón.

GUARDIÁN Pero sería ya...

PLANCHÉ Sí, señor, sería un medio a propósito.

FANSOMAS Pues no, señor, no lo sería, porque al cocer los canalonis, las sierras habrían perdido su temple. Veo que no entienden us-

tedes una palabra. (Coge un pollo entero.) ¡ Ah ! pero ¡ qué imprudencia !

PLANCHÉ ¿Qué?

FANSOMAS Sí, señor, la cometida por el señor guardián de la Comisaría.

PLANCHÉ ¿Pero qué ha hecho usted?

GUARDIÁN (Este hombre ya me está cargando.)

FANSOMAS Naturalmente. ¡ Un pollo entero ! ¡ calcule usted dentro de él lo que me habrían podido introducir !

PLANCHÉ En eso tiene razón. Resulta chocante eso de que un detenido tenga que darle a usted lecciones. Dentro del pollo podían esconder una browning.

GUARDIÁN No, señor, porque al cocerlo, se habría estropeado con el calor.

FANSOMAS No diga usted disparates. (Riendo.)

GUARDIÁN ¿Cómo disparates?

FANSOMAS Naturalmente, hombre, porque el browning lo habrían escondido en el pollo después de cocerlo.

PLANCHÉ Aproveche, aproveche usted estas lecciones.

GUARDIÁN ¡ Un demonio ! Sepan ustedes que no las necesito, que durante doce años no se me ha escapado ni un solo detenido, y que sería éste el primero.

FANSOMAS Sentiré infinito manchar su excelente hoja de servicios.

PLANCHÉ Ya lo está usted oyendo.

GUARDIÁN Sí, sí, señor, pero yo le aseguro, que no me moveré de aquí en toda la noche, y seré su centinela de vista.

FANSOMAS (Otra de las cosas que yo quería lograr.)

PLANCHÉ Puedo marcharme tranquilo. Quise cerciorarme por mis propios ojos ; de aquí no escapa usted esta noche. El pendentif está seguro en el pecho de la señora baronesa, y usted mañana ingresará ya en la cárcel.

FANSOMAS Lo primero es lo que me importa. Y en cuanto a lo que suceda o pueda suceder mañana... (Destapando una botella de champagne.)

¿Quieren ustedes brindar a lo que mañana sucederá?

PLANCHÉ Yo no choco mi copa con cierta clase de gente.

FANSOMAS Bueno, lo haré yo por los dos, en celebración del triunfo que ha obtenido usted con mi captura. (Bebe.)

PLANCHÉ ¿Eso lo celebra usted?

FANSOMAS Vaya, sí, señor, muchísimo, y de su gloria participo yo también, porque, la verdad, he puesto de mi parte cuanto me ha sido posible, a fin de que se apoderara usted de mí.

PLANCHÉ ¿A quién hará usted comprender semejante cosa?

FANSOMAS Pues por eso me llaman el incomprensible. Figurábase usted hallarme abatido en mi calabozo, y por el contrario lo encuentra usted convertido en un salón, y cenando yo en él espléndidamente. Le estoy agradecidísimo. Yo le he proporcionado un triunfo, y, en justa recompensa, usted me proporcionará otro, muy provechoso por cierto.

PLANCHÉ Semejante osadía raya en lo inconcebible.

FANSOMAS Poco importa que se haya usted negado a aceptarme una copa de champagne; tendré el gusto de ofrecerle esta noche otra en el baile del barón.

PLANCHÉ Ya lo oye usted. (Al guardián.)

GUARDIÁN Respondo de él. No hará el menor movimiento sin que yo me aperciba.

PLANCHÉ Célebre Fansomas, esta vez no te saldrán las cuentas.

FANSOMAS Hasta el presente momento, al céntimo, sin el menor error de caja.

PLANCHÉ Ya aparecerá el déficit.

FANSOMAS Confío en superábit. (Vase Planché, el guardián cierra nuevamente la puerta.)

ESCENA VIII

FANSOMAS y GUARDIÁN.

GUARDIÁN A no ser que me tenga usted por un tonto o un imbécil, no veo en qué funda sus confianzas.

FANSOMAS Le tengo a usted, por el contrario, por un hombre listo, como le dije ya. Créame, no hay cosa peor que tratar con gente de cortos alcances. Jamás hice cosa de provecho con los necios. Porque un necio, ni raciocina lógicamente, ni sabe uno jamás a qué atenerse en sus actos. En cambio, puede uno prever lo que raciocina un cerebro regularmente organizado. Seamos buenos amigos por una noche siquiera. ¿Verdad que usted no se negará a beber una copa de champagne, si se la ofrezco con la mía, y de la misma botella que yo he bebido?

GUARDIÁN Naturalmente que no.

FANSOMAS Pues beba usted. (Se la da.) Un necio se habría negado en absoluto, porque no tendría el raciocinio de usted, que le aleja todo temor desde el momento que es el mismo champagne que yo he bebido, y aun la misma copa la que yo le ofrezco.

GUARDIÁN Realmente.

FANSOMAS Esta buena señora, a la que debo tan espléndida cena, ha tenido un lamentable olvido. Olvidóse de los tabacos, pero no por eso quedaremos sin ellos. (Saca dos tabacos de sus bolsillos y ofrece uno al guardián, el cual lo retiene, receloso, sin encenderlo, sosteniendo con la otra mano el fósforo que le dió Fansomas, que tiene el otro tabaco.) Encienda usted... (Viendo que duda.) ¡Ah! Vamos, ya comprendo, teme usted que contenga algo. No, hombre, nada de eso. Encienda mientras pongo el café. Tenga, tenga usted el mío.

GUARDIÁN Ah, ese sí.

FANSOMAS ¿Ve usted, hombre, como he comprendido lo que por usted pasaba?

GUARDIÁN (Enciende.) Realmente, temía que no tratara usted de jugarme una mala partida. ¡ Es superior ! (Aspirando con delicia. Fansomas le observa sonriendo y mirándole fijamente.) No es que yo tenga mala voluntad... mala voluntad... (Inclina la cabeza y duerme.)

FANSOMAS ¡ Ah ! el efecto fué casi instantáneo. Lo que me figuré. Receló de este que le di primero, y en cambio aceptó el que tenía en mis manos ; lo tenía previsto. Si me hubiera fallado, aquí tenía este terrón de azúcar preparado con un narcótico para echárselo al café. Me sobra. (Lo tira.) Y este pañuelo (Lo deja también.) con un frasquito de cloroformo, no ha sido necesario tampoco. Ea, manos a la obra. (Toma un abrigo de pieles, y de su forro desprende una blusa igual a la que viste el guardián, le toma de éste el cinturón, ciñéndoselo, del clac saca una peluca, que se coloca, lo pliega, se lo esconde dentro la blusa. Toma la gorra del guardián y se la pone, diciendo, mientras se dirige a la puerta y señalándole :) Ahora, al baile del barón. (Mirando al guardián dormido.) Si éste llega a ser un necio me fastidia.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Despacho del Inspector de policía. Una sola puerta al foro que da a un corredor, por el cual se ven discurrir, durante el cuadro, guardias y agentes de policía. Una mesa escritorio en primer término derecha, y otra a la izquierda, algo mayor y más lujosa, encima de la cual hay el aparato telefónico, una papelera con documentos, libros, papeles, etc. Recado de escribir en las dos. Tras la mesa de la izquierda, amplio y cómodo sillón. Luz eléctrica en cada una de las mesas, que son las que iluminan la escena. El resto del mobiliario, bastante escaso y deslucido.

ESCENA PRIMERA

FARSOT y DUGLAST, el primero sentado junto a la mesa de la derecha. El segundo aparece por el foro, con varias cartas y documentos, que deja en la mesa de la izquierda. A poco, PLANCHÉ.

DUGLAST ¿No ha vuelto aún el señor inspector?

FARSOT Poco tardará.

DUGLAST Pues en cuanto llegue dígale que dejo su correspondencia encima la mesa.

FARSOT Con el triunfo obtenido después de la captura de Fansomas, no creo le preocupe hoy otro asunto, por importante que sea.

DUGLAST Al fin dió con él.

FARSOT Sí, eso es, dió con él, como podía no haber dado.

DUGLAST ¿Pero cree usted que no se debe a su instinto policíaco?

FARSOT A los subalternos como usted y yo no se

nos permite poner en tela de juicio los méritos de nuestros jefes. Es cuestión de disciplina, y ya sabe usted que soy incapaz de separarme en un ápice de ella. Si todo París a tales horas admira el talento de nuestro inmediato superior, debemos no ser nosotros una nota discordante, y admirarle también.

DUGLAST Confiese usted, amigo Farsot, que no le tiene muy buena voluntad.

FARSOT Repito que es mi superior jerárquico, y le debo acatamiento, como usted y cuantos estamos a sus órdenes.

DUGLAST Aquí llega. (Aparece Planché, da el abrigo, el bastón y el sombrero a Duglast.) Encima la mesa le he dejado algunas comunicaciones, de las que podrá usted enterarse cuando guste.

PLANCHÉ Está bien, puede usted retirarse.

DUGLAST Siempre a sus órdenes. (Vase. Planché se sienta junto a la mesa de la izquierda y empieza a abrir y repasar los documentos que halla en la mesa sin decir palabra.)

FARSOT (Sin levantar la cabeza de lo que escribe y mirando de reojo a Planché.) (Ni siquiera dió las buenas noches. Creo que puede uno ser tan jefe de policía como se quiera, y tener alguna educación al mismo tiempo.) (Da dos chupadas a su pipa.)

PLANCHÉ (Levantando la cabeza.) ¿Pero de qué endiablado tabaco alimenta usted su pipa? Apesta a diez leguas.

FARSOT Usted perdonará, pero es el único que mis limitados haberes me permiten.

PLANCHÉ Eso no le da a usted derecho a molestar con semejante porquería a los que tiene usted a su lado.

FARSOT No me queda otro recurso, si así usted lo dispone, que dejar de fumar en su presencia.

PLANCHÉ No; fume usted cuanto quiera, porque la verdad es que el tabaco, como todo lo que

se usa, está en consonancia con los méritos de cada cual.

FARSOT En tal caso, los tendrá también el ladrón Fansomas, que no debe fumar brevas inferiores a las de usted.

PLANCHÉ Pero como las fumaba indebidamente, se le acabaron, cuando menos por una larga temporada.

FARSOT ¿Lo cree usted así?

PLANCHÉ Creo que dentro de cuarenta y ocho horas quedará sujeto al régimen carcelario.

FARSOT ¿Me permite el señor inspector que le hable francamente? Pues, la verdad, estoy persuadido de que todo ello es una nueva jugarreta del célebre ladrón.

PLANCHÉ ¿Y para llevarla a cabo se ha dejado encerrar en un calabozo de la Comisaría?

FARSOT ¡Es mucho hombre Fansomas!

PLANCHÉ Y usted tiene mucho de imbécil.

FARSOT Es éste un piropo con el cual no me había hoy favorecido aún el señor inspector.

PLANCHÉ Porque no había usted hecho méritos para ello.

ESCENA II

Dichos y DUGLAST. A poco, SEÑORA DELABARRE.

PLANCHÉ ¿Qué ocurre?

DUGLAST Una señora que desea hablarle acaba de entregarme esta tarjeta para usted.

PLANCHÉ No sé quien es. (Después de leerla.)

DUGLAST Parece una dama de la aristocracia.

PLANCHÉ Comprendo; vendrá a felicitarme personalmente, en vez de hacerlo por escrito, como lo hacen cuantos me han mandado la mayoría de estas tarjetas. (Por las de la mesa.)

DUGLAST ¿Le digo que el señor inspector está ocupado?

PLANCHÉ No, nada de eso; luego andan diciendo

por ahí que los policías somos unos mal educados. Dígale usted que pase. (Arreglándose el pelo y la corbata.) ¿Es joven? ¿Bonita?

DUGLAST Joven, no lo parece mucho; en cuanto a bonita, no me lo ha parecido mucho tampoco.

FARSOT (Otra ilusión perdida; me parece que no será hoy la primera.)

PLANCHÉ En fin, que pase. (Después de dudar. Duglast va al foro y aparece la señora Delabarre.)

DELABA. Señor inspector, perdone usted si vengo a interrumpirle en sus tareas.

FARSOT (Por Delabarre.) (A mí tampoco me parece joven, y en cuanto a fea, no me lo parece, sino que lo es.)

PLANCHÉ Realmente, son muchos los asuntos que pesan sobre mí, pero me hallo siempre dispuesto para atender a cuantos necesiten de mis servicios; por lo tanto, rogaré a usted la brevedad.

DELABA. Poco le molestaré. Mi objeto no es otro que enterarme por mí misma de si Fansomas se ha escapado ya de la Comisaría.

PLANCHÉ ¿Qué está usted diciendo?

FARSOT (Otra que opina como yo.)

DELABA. No comprendo su extrañeza. Fansomas no deja nunca de cumplir lo que promete.

PLANCHÉ Pues lo que es esta vez no le valdrán sus mañas.

DELABA. Crea usted que eso sería un gran descrédito para él.

PLANCHÉ ¡Pero señora! ¿De qué crédito habla usted? Eso es ya una locura. (Farsot se oculta el rostro riendo.)

DELABA. ¡Del suyo! El dictado de incomprensible, tan justamente ganado, le obliga a no dejarse comprender por nadie. Sería la mayor de las vulgaridades no encontrar un medio para burlar a sus guardianes. Yo confieso que me entusiasma, y siento por él verdadera veneración. En

cuanto me enteré de que usted había realizado su captura, revolví cielo y tierra, y hasta al mismo Presidente de la República habría acudido para que se me permitiera atenderle debidamente en su calabozo.

FARSOT (¿Qué dice esta mujer?)

PLANCHÉ Pero fué usted la...

DELABA. Sí, sí, señor, yo misma, la que mandé mueblistas y tapiceros para que le hicieran algo confortable aquella indigna mazmorra en que tuvieron ustedes la desatención de encerrarle.

PLANCHÉ Si pretendería usted que le encerráramos en un salón del Elíseo.

DELABA. ¡Un hombre tan fino, tan delicado, de gustos tan exquisitos!

FARSOT (Pues eso lo ignoraba yo. ¡Señor, porque no nací yo ladrón!)

PLANCHÉ Señora, eso ya es una locura, y agradézcame que su apellido y sus buenas relaciones aparten de mí la idea de que pudiera ser usted cómplice de semejante canalla.

DELABA. ¡Qué más quisiera yo!

PLANCHÉ Ea, basta; ya no se pueden tolerar tales excentricidades, y agradézcame no les dé peor calificativo. ¿Tiene usted algo más que decirme?

DELABA. No, señor, nada más. Le advierto que Fansomas me ha dado palabra en su calabozo de asistir al baile del barón de Garubier, y que yo me he procurado una invitación para presenciar su triunfo, pues ha ofrecido a la vez apoderarse del pendentif del brillante negro.

FARSOT (Esta no sale de aquí sin un arañazo.)

PLANCHÉ Tengo la satisfacción de decirle a usted que por esta vez se llevará usted el gran desengaño.

DELABA. Tengo la completa seguridad que en las

propias narices del jefe de policía se apoderará de la joya.

PLANCHÉ Basta ya, señora; no haga usted que olvide el respeto que se debe a una dama.

DELABA. Hace usted mal en tomarlo así, señor inspector. Tendrá usted que rendirse ante la evidencia; no pasará tal vez una hora sin que le anuncien la evasión de Fansomas.

PLANCHÉ ¡Señora!

DELABA. Beso a usted la mano, señor inspector; en el baile me dirá usted esta noche quien estaba en lo cierto. (Vase.)

ESCENA III

PLANCHÉ y FARSOT.

PLANCHÉ ¿Pero ha visto usted qué locura? Ya no es posible llegar a más. (Oyese llamar al teléfono. Planché toma el aparato y habla en él.) Sí, sí, señor, soy yo mismo. Diga... ¿Qué?... (Tira el aparato.) ¡Eso es ya intolerable!

FARSOT ¿Qué?... ¿Es que le anuncian la evasión de Fansomas?

PLANCHÉ ¿Usted también es de los estúpidos? ¿de los necios?

FARSOT Eso en distintas ocasiones ha decidido usted de mi humilde persona, aun cuando los hechos hayan demostrado luego que no soy todo lo estúpido que parezco ni todo lo necio que usted pretende.

PLANCHÉ Sepa usted que estaba comunicando con un redactor de *L'Eclair*.

FARSOT ¿Y eso le encoleriza a usted?

PLANCHÉ ¡Conseguirán entre todos volverme loco! Desde la redacción me preguntan si Fansomas ha escapado ya de la Comisaría.

FARSOT Ya ve usted que el número de los estúpidos y los necios aumenta que es una bendición.

PLANCHÉ No parece otra cosa sino que París entero está deseándolo.

FARSOT Usted lo ha dicho, sí, señor ; este hombre ha conseguido interesar la opinión de tal modo, que se alegran de que usted se haya apoderado de su persona para darse el gustazo de ver que le deja a usted con un palmo de narices. Créame, que para que fuera redimida la humanidad fué necesaria la intervención de un Judas que vendiera a su maestro.

PLANCHÉ Es inconcebible que se tenga mayor confianza en la astucia de un ladrón que en los dotes del inspector de policía.

FARSOT ¿A qué siente usted también ciertos recelos?

PLANCHÉ ¿Qué?

FARSOT Que no está tampoco seguro de sí mismo.

PLANCHÉ Es usted un...

FARSOT Estúpido, necio, sí, sí, señor, habíamos quedado conformes acerca del particular.

PLANCHÉ Pues no pronuncie ya más el nombre de Fansomas en mi presencia, que harto trabajo me dió.

FARSOT Y seguirá dando, señor inspector.

PLANCHÉ ¡Otra vez!

FARSOT No, ya me callo, ya me callo. (Se sientan cada uno delante de su mesa, y durante una pequeña pausa trabajan sin decir palabra.) Me permitirá usted, señor inspector, que le recuerde la comisión del consulado de Australia pidiendo ciertos antecedentes.

PLANCHÉ Sí, ya sé.

FARSOT (Tú lo sabes todo, y luego resulta que no sabes una palabra.) (Planché busca entre los papeles de su escritorio.) (No dará con ello.) Está en la papelera, si mal no recuerdo.

PLANCHÉ (Tomando un pliego de su papelera.) Es verdad ; sí, aquí está. (Lo abre, lo lee, se pasa la mano por la frente, y vuelve a leerlo mientras Farsot le observa sonriendo. Por fin levanta la cabeza y dice a Farsot:) Amigo Farsot...

FARSOT (Vamos, ya me llama amigo, algo quiere de mí.) ¿Necesita usted de mi insuficiencia, señor Planché? (Se levanta.)

PLANCHÉ No hay duda que algunas veces tiene usted ráfagas luminosas.

FARSOT Es lo único que se puede esperar de los que no son, como usted, astros con luz propia.

PLANCHÉ Déjese usted de adulaciones, y acérquese. (Farsot se acerca a la mesa de Planché.) Siéntese, haga el favor. (Le hace sentar enfrente de él.)

FARSOT Gracias. (Este está metido en algo que, como de costumbre, no sabe cómo salirse.)

PLANCHÉ (Ofreciéndole un habano.) Deje usted esta desdichada pipa y tome usted un habano.

FARSOT Lo fumaré con el respeto que se debe al superior jerárquico. (Planché toma también uno. Farsot le da un fósforo, y encienden los dos.)

PLANCHÉ Oigame usted atentamente. (Después de dar otro vistazo a los documentos.) Es una historia algo antigua, como cosa de unos veinte años.

FARSOT Tiene usted toda mi atención.

PLANCHÉ Se trata de unas minas de oro de Australia.

FARSOT ¡ Hum !... ¡ malo ! No sé porque les tengo mala voluntad a las minas de oro.

PLANCHÉ Según parece, fueron causa de un crimen cometido por uno de sus explotadores en contra del otro, con el cual realizaba el negocio, robándole la parte que le correspondía. Descubierto el crimen, embarcóse para Europa, según se sospecha, quedando las minas abandonadas ; y si bien por la vía diplomática se hicieron algunas gestiones, nada llegó a averiguarse. Pero según parece, por el tiempo transcurrido, deben las minas declararse de dominio público si no se presenta nadie para hacer valederos sus derechos. Créese que el cri-

minal debió trasladarse a Londres o a París, en donde vivirá en la opulencia, y con nombre supuesto, sin que se le ocurra reclamar sus antiguos derechos.

FARSOT ¡Ah!, pero podría reclamarlos su víctima.

PLANCHÉ Naturalmente, si viviera.

FARSOT ¿Y quién le dice a usted que no pueden vivir sus hijos?

PLANCHÉ (Repasando los papeles.) Es verdad, sí, tiene usted razón, podría darse este caso. Efectivamente, Mauricio Rombiere tenía en su compañía a una niña de corta edad, y un hijo, en aquel entonces de unos quince a diez y seis años, educándose en un colegio de París. Realmente posee usted ráfagas luminosas, como he dicho, amigo Farsot.

FARSOT (Tú sí que estás a obscuras siempre en todo.) Gracias por lo de las ráfagas, pero eso se le ocurre a cualquiera.

PLANCHÉ También es verdad.

FARSOT Sí, señor, a cualquiera... (menos a ti).

PLANCHÉ Hay que buscar a ese hijo. Aquí no dan detalle alguno, ni se nombra para nada el colegio en donde se educaba.

FARSOT Creo más práctico buscar al asesino, que seguramente, a favor de sus mal adquiridas riquezas, llevará una vida de ostentación, y si no lográramos más que una parte, que es el castigo del culpable, algo sería.

PLANCHÉ Continúa iluminándole a usted la ráfaga.

FARSOT Gracias, repito, por la iluminación. Estoy persuadido de que con el producto de su crimen vive espléndidamente. Créame, no se realizan los mayores delitos entre los desgraciados y la gente del hampa. Los poderosos, los que mayores fechorías cometen, se esconden a veces dentro las paredes de suntuosos palacios, a cubierto de las investigaciones y miradas de la policía.

PLANCHÉ Amigo Farsot, debo hacerle justicia; está usted acertadísimo. Queda desde hoy encargado, pues mis ocupaciones no me lo permiten, de consultar los registros, anotando todos aquellos nombres de cuantos en la banca, nobleza y comercio descubra algo que no se presente con toda claridad.

FARSOT (Como siempre: yo el trabajo y tú la fama.)

PLANCHÉ ¿Decía usted?...

FARSOT Nada, nada; que le quedo altamente agradecido por esta prueba de confianza a mis escasas aptitudes.

PLANCHÉ Confieso que alguna vez le trato con alguna severidad, efecto de mis ratos de mal humor.

FARSOT Ya, ya; este Fansomas le ha tenido a usted durante un año o más, sumamente preocupado, pero después de su captura... (Llaman al teléfono.)

PLANCHÉ ¿Otra vez? (Poniéndose al aparato.) Sí, soy yo mismo, hable usted. ¿Qué ocurre? ¡Rayos y centellas!

FARSOT ¿Qué ocurre?

PLANCHÉ ¡Son ustedes unos ineptos! ¡Unos imbéciles! (Deja el aparato, furioso, y llama a un timbre.) ¡Pronto! ¡Aquí todos!

FARSOT ¿Pero qué ocurre?

PLANCHÉ ¿Y usted lo pregunta?

FARSOT Naturalmente.

PLANCHÉ ¡Que Fansomas se ha escapado!

FARSOT ¡No lo decía yo!

PLANCHÉ ¡Usted no dice más que disparates!

FARSOT Que se realizan.

ESCENA IV

Dichos; DUGLAST y dos o tres policías.

DUGLAST ¿Llamaba el señor inspector?

PLANCHÉ (Fuera de sí.) ¡Si no parecía otra cosa sino

que París entero estaba interesado en que este truhán se escapara !

DUGLAST ¿Cómo?... ¿Pero?... (A Farsot.)

FARSOT (Bajo a Duglast.) Sí, que Fansomas ha cumplido su palabra, como siempre. Que ya está en la calle.

PLANCHÉ Que no se diga una palabra a nadie. Cuidado que se comunique a la prensa ; lo prohibo en absoluto. Esta noche me apoderaré nuevamente de su persona.

FARSOT (Eso ya lo veo más difícil.)

PLANCHÉ Asistirá al baile del barón. El acudirá, sin duda, con el objeto de apoderarse del pendentif, y lo que es esta vez no se me escapa. Usted, Farsot, con algunos individuos, atento a mis órdenes, estará en la calle, por si necesito su ayuda. Usted, Duglast, disfrazado de camarero, se introducirá entre la servidumbre, a fin de no perder de vista ni a un invitado, y avisarme en cuanto note algo anormal en alguno de ellos. Pronto, vamos. No escapará nuevamente. (Vase con Duglast.)

FARSOT Lo que hará Fansomas es no dejarse coger de nuevo. Decididamente hay quien nace para ladrón y lo es ; del mismo modo que otros nacen adoquines y resultan inspectores de policía. (Vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Lujoso despacho del barón de Garubier. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

GARUBIER y RENÉ.

GARUBIER (Sentado tras de su escritorio, y René al lado, de pie.) La liquidación de fin de mes ha sido desastrosa. Si mis clientes retiran sus fondos voy a la bancarrota.

RENÉ Tal vez haciendo economías, suprimiendo gastos inútiles.

GARUBIER Suprimir gastos... Eso se dice fácilmente. Además, daría lugar a recelos. Al contrario, el baile que doy esta noche en mi casa, al cual acudirá cuanta aristocracia de la sangre y del dinero encierra París, es con el único objeto de apartar toda sospecha acerca de mi verdadera situación financiera.

RENÉ Y que no se habla de otra cosa, gracias a la osadía del célebre ladrón Fansomas, al anunciar que en él se apoderaría del pendentif del brillante negro.

GARUBIER Y este anuncio favorecía mis planes, porque mi esposa Regina se habría evitado de lucirlo ante el justificado temor de que le fuera arrebatado; pero ese Planché, ese inepto inspector, que cuando hace algo resulta intempestivo, con la mala

ocurrencia que ha tenido de encarcelar al célebre ladrón, pone a mi esposa en el ineludible compromiso de lucir la joya.

RENÉ — No veo el compromiso. ¿Y por qué no lo puede lucir?

GARUBIER — Porque no la tengo en mi poder.

RENÉ — ¿Que no la tiene?

GARUBIER — No, se la entregué al judío Ismael, en prenda de cincuenta mil francos que me prestó.

RENÉ — ¿Y no habría medio de ofrecerle una garantía para que se desprendiera de la joya, aunque sólo fuera para esta noche?

GARUBIER — Me ha dado usted una idea luminosa. Es verdad. Diga usted a mi esposa que debo hablarle. Faltan dos horas para el baile, y es el tiempo suficiente. Pronto.

RENÉ — Voy al momento. (¡ Pobre Regina ! ¿Qué nuevo sacrificio le exigirá este infame?) (Vase.)

ESCENA II

GARUBIER; a poco, REGINA.

GARUBIER — ¡ La bancarrota, la ruina !... Esto solo me ofrece, después de veinte años, mi mala estrella. ¡ Y pensar que podría ser dueño de unas minas de oro ! ¿Pero cómo recobrarlas? ¡ Si tuviera medio de que Regina, como heredera de su padre, las reclamara !... Pero no, imposible; sería preciso descubrirle mi crimen. Conservo en mi poder su partida de nacimiento, lo mismo que la de su hermano desaparecido; podría fácilmente acreditar de cualquiera de los dos... (Reflexionando.) Tal vez no me sería difícil hallar quien le substituyera..., alguien que, pasando por el hijo de Mauricio, reclamara la posesión de las minas, y por si acaso algún día Re-

gina averiguara que fuí yo el asesino de sus padres, ¿por qué no hacerla antes mi esposa, si todo el mundo ya lo cree así? Y todo ello es preciso que se realice cuanto antes; está próximo a expirar el plazo para que se declaren las pertenencias de dominio público, y entonces todo se habría perdido... Es indispensable una pronta y rápida solución que me asegure, por una parte, la fortuna, y por otra, la impunidad. ¡Qué cruel alternativa! (Al ver a Regina.) ¡Ella! Oye, Regina, no debo ocultarte mi situación, cada vez más comprometida.

REGINA Sea cual fuere, yo no olvidaré lo que le debo, y estaré a su lado.

GARUBIER Sí, ya sé, no se trata ahora de recordarte el agradecimiento que me debes, y no sé por qué no has llegado a perder la costumbre de darme tratamiento, cuando todo París te cree mi esposa.

REGINA Nunca se lo doy a usted ante los extraños.

GARUBIER Creo que para evitar futuros males sería lo mejor que convirtiéramos en realidad, como te he propuesto distintas veces, nuestro matrimonio.

REGINA (¡Dios mío!)

GARUBIER Sí, pero ya hablaremos de ello en otra ocasión. Esta noche, en el baile, es preciso que luzca tu pecho el pendentif. Fansomas está detenido, y no podrá realizar el robo; de manera que no tenemos excusa alguna.

REGINA Pero si el brillante negro está en poder de Ismael.

GARUBIER Lo sé. Oyeme bien; tomas el automóvil y te diriges a su casa; se lo pides sólo para esta noche.

REGINA Será inútil.

GARUBIER Puedes ofrecerle en garantía otra joya de igual valor.

REGINA — Ya sabe usted que cedimos las pedrerías al judío, substituyéndolas por otras falsas.

GARUBIER — Es verdad, pero tienes la miniatura de tu padre, guarnecida de esmeraldas, de la que nunca te he obligado a desprenderte.

REGINA — ¡Ah, no!... pídame cualquier sucrificio menos éste. Es el único recuerdo que de él conservé; de mi padre, a quien apenas conocí.

GARUBIER — Ya sabes que a pesar de haber ofrecido Ismael una fuerte cantidad por esta joya no he consentido que te desprendieras de ella, como tampoco lo pretendo ahora, más que por una sola noche; mañana le devolverás el pendentif, y la recobras.

REGINA — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

GARUBIER — Considera que es un pequeño sacrificio que de ti espera el hombre que te amparó en tu orfandad y a quien todo lo debes.

REGINA — Es cierto, sí, y le entregaré mi sangre, mi vida, pero no me exija el sacrificio de lo único que para mí tiene valor en este mundo.

GARUBIER — Repito que sólo por una noche te lo pido.

REGINA — ¡Por una noche!... ¿acaso no he visto desaparecer todas mis joyas, alguna de las cuales sólo debía ser por horas? Y no es que me importen, bien lo sabe Dios; pero el retrato de mi padre es un recuerdo sagrado, es algo de mí misma, algo cuyo valor supera al que puedan tener las piedras preciosas.

GARUBIER — ¿Te niegas?

REGINA — Sí... me niego.

GARUBIER — ¿Y consientes en ponerte en ridículo, y en ponerme a mí mismo, ante los invitados que pregunten por la joya? Ah, no; por pueriles escrúpulos, por necias sensiblerías, no retrocedo. Creí convencerte; que atenderías a mis poderosas razones; que tu agradecimiento se mostraría no con pa-

labras, sino con pruebas ; pues bien, ya no pido, exijo.

REGINA ¡ Oh, no !...

GARUBIER (Toca el timbre y aparece un criado.) El auto para la señorita ; en seguida. (Vase el criado.)

REGINA ¡ No, por Dios !... ¡ por lo que más ame en este mundo !...

GARUBIER Es inútil. Lo he dicho. Todo me lo debes y puedo disponer de ti, y de lo tuyo. Soy el dueño absoluto de tu destino y a nadie en el mundo puedes recurrir.

ESCENA III

Dichos y RENÉ por el foro.

RENÉ El auto aguarda a la señora.

GARUBIER Al momento. (Dirige una severa mirada a Regina, y le dice por lo bajo.) ¡ Pronto !... ¡ lo quiero !

REGINA (Haciendo un esfuerzo.) (¡ Padre mío, perdóname !) (Desaparece por la izquierda del foro, y Garubier por la derecha, diciendo, satisfecho :)

GARUBIER ¡ Al fin !

RENÉ (Que ha comprendido la situación.) ¿ Qué nuevo sacrificio le habrá exigido este miserable? ¡ Oh ! ¡ que nunca sepa esta mujer que la adoro con todo mi corazón ! (Vase.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Habitación de miserable aspecto en casa del judío Ismael, que contrasta con una segura y magnífica arca de hierro colocada en el ángulo de la izquierda. Puerta al foro y lateral derecha en segundo término. En primer término izquierda, un pequeño mostrador, algo parecido a una mesa de trabajo de joyero, encima la cual habrán algunas botellas, piedras de toque e instrumentos pro-

pios de aquella profesión. Encima la mesa, una lámpara con pantalla verde, cuya luz ilumina escasamente la escena. Algunos otros muebles sin uniformidad alguna.

ESCENA PRIMERA

ISMAEL, examinando un medallón cerca la mesa, con ayuda de un lente; luego, CARLOT.

ISMAEL — El trabajo es precioso, una verdadera obra maestra, y las esmeraldas son también finísimas y de gran valor. Aun suponiendo que esa señora no me restituyera de nuevo el pendentif, no perdería gran cosa con el cambio. La verdad es que me han conmovido sus lágrimas, y no he sabido negarme. A ver si tendré luego que arrepentirme por mi buen corazón; pero qué diablo, si en cambio Fansomas logra apoderarse, como ha prometido, del pendentif, yo lo adquiriré luego por una bicoca, y tendré las dos joyas casi por el precio de una. Algo hay que exponer. (Carlot entra precipitadamente.) ¿Eh?... Ah, ¿eres tú? (Cierra la joya en la caja.)

CARLOT — Yo mismo. Has hecho un mal negocio.

ISMAEL — ¿Cómo es eso? Te engañas. Ya sé que la miniatura tiene menos valor que el brillante negro del pendentif, pero yo, por los cincuenta mil francos que di en garantía de él, tendré las dos cosas.

CARLOT — Eso veremos. Tú te has dicho, dejo por una noche el pendentif a su dueña, en garantía de la miniatura con esmeraldas; Fansomas se apodera esta noche del brillante, yo se lo compro a bajo precio, la señora Garubier no puede recoger su miniatura, y, sin que ella lo sospeche, yo mañana tengo las dos joyas en mi poder.

ISMAEL — Ni más ni menos. No veo, pues, el mal negocio. Además, daba lástima la pobre

joven del modo que me lo ha pedido, y no he sabido negarme.

CARLOT — Sí, tú eres muy compasivo, cuando te sale a cuenta ; pero lo que es esta vez saldarás con déficit, o cuando menos sin la menor ganancia.

ISMAEL — No sé en qué fundas tus palabras.

CARLOT — Muy sencillo ; porque Fansomas ha sido tan imbécil que se ha dejado capturar por Planché, a quien tantas veces había burlado.

ISMAEL — ¿Qué?

CARLOT — Sí.

ISMAEL — ¿Pero cómo? Cuenta...

CARLOT — Toma y lee. (Le da un periódico.)

ISMAEL — (Después de leer.) Pero si es incomprensible. Eso, sí, yo mismo lo he dicho ; incomprensible, y casualmente es lo que me tranquiliza. ¿No sabes que así se le apellida?... Pues es natural que en todos sus actos acredite el apodo. Fansomas sabrá escurrirse por entre las rejas de su encierro

ESCENA II

Dichos y FANSOMAS.

FANSOMAS — Fansomas entra y sale siempre tranquilamente por la puerta.

ISMAEL — ¿No lo decía yo?

CARLOT — Pero este hombre es el diablo.

FANSOMAS — No soy más que Fansomas, el ladrón incomprensible, y lejos de tener parentesco alguno con los espíritus infernales, espero en mi última hora lograr mi rincón de paraíso. Yo sabré hacerle una jugarreta a san Pedro para colarme sin que se aperciba. No son tantos tampoco mis pecados. La mayor parte de veces, con mis robos no hago otra cosa que castigar a los que

poseen riquezas mal adquiridas. Vivo a lo príncipe, pero jamás arruiné a nadie, como otros tantos a quienes Planché deja tranquilos.

CARLOT Ese es Fansomas, ¡ viva Fansomas ! ¡ Qué poderosa sería nuestra banda con un jefe así !

FANSOMAS No quiero socios de vuestra calaña. Yo robo calzando guantes, no esgrimiendo el odioso puñal del asesino.

CARLOT Las herramientas se emplean según el trabajo de cada cual. Nosotros somos licenciados ; tú, doctor en la facultad.

ISMAEL ¿Y persistes en tu idea de apoderarte esta noche del brillante negro?

FANSOMAS Dejaría de ser Fansomas.

CARLOT Bien dicho.

FANSOMAS Del brillante y algo más también.

ISMAEL Debo advertirte que es ésta la única piedra de valor que posee la esposa del barón.

FANSOMAS ¿La única?

ISMAEL Naturalmente, como que las otras que hay en sus joyas son todas falsas. Las legítimas me han sido vendidas todas.

FANSOMAS ¿Qué?

ISMAEL Sí, el barón está poco menos que arruinado. La fiesta de hoy es un anzuelo.

FANSOMAS ¿Y cómo sabes que no es falso también el brillante?

ISMAEL Porque no hace media hora que estaba aún en mi poder.

FANSOMAS ¿En tu poder?

ISMAEL ¿Qué te extraña?

FANSOMAS No comprendo, pues, como podrá lucirlo esta noche la baronesa.

ISMAEL Porque fué ella misma quien vino por él.

FANSOMAS ¿Y tuviste la generosidad de devolvérselo?

ISMAEL Para darte ocasión a que tú se lo robaras, y ser yo quien te lo compre mañana.

FANSOMAS ¿Y te resignas a pagar nuevamente lo que

ya era tuyo? Eres más generoso de lo que creí.

ISMAEL Con su cuenta y razón.

FANSOMAS O te explicas claramente, o dejo de cumplir mi promesa, y lo siento por Planché, y por haberme dejado encerrar inútilmente.

ISMAEL Si he accedido al ruego de la esposa del barón fué porque dejó en prenda algo que aproximadamente cubre el valor del pendentif. Un poco expongo en el negocio, pero están los tiempos malos, y en fin, los negocios siempre fueron negocios. Como que mañana, apoderándote tú esta noche del brillante, no podrá recuperar lo que me dejó en prenda de él, me quedaré su garantía, y como, en cambio, yo adquiriré de tu mano la joya robada, resulta que las dos quedarán en mi poder.

CARLOT ¡ Eso son negocios !

FANSOMAS Eso es una canallada digna de tu maquiavelismo. Eres un solemnísimo bribón, digno de que algún día te las haga pagar todas juntas, como a otros tantos a quienes, a pesar suyo, hice restituir lo que tenían mal adquirido.

ISMAEL ¿Eh?... ¿Dando un paso hacia la caja.)

FANSOMAS No, no temas ; cuando juzgue llegada la ocasión te avisaré anticipadamente, como hago siempre a los que pretendo despojar de lo suyo, o mejor dicho, de lo que realmente no es suyo. Y dime : ¿qué objeto es éste que te han dado en prenda del brillante.

ISMAEL ¿Y por qué te interesa saberlo?

FANSOMAS Vamos, hombre, no temas.

ISMAEL Te advierto que su valor es más bien artístico que otra cosa. Ya ves, es una miniatura.

FANSOMAS ¿Una miniatura?

ISMAEL Sí, con esmeraldas.

FANSOMAS Ah, vamos, ya decía yo.

SMAEL Pero de un valor intrínseco muy inferior al brillante. No llegará a veinticinco mil francos lo que por él pueda sacar, y ya ves, di cincuenta mil por el pendentif.

FANSOMAS ¿Veinticinco mil francos, y expones cincuenta mil?

SMAEL Porque tengo la seguridad de tener mañana las dos cosas.

FANSOMAS Ni aun así puedo creerte.

SMAEL Pues vas a verlo, aguarda. Se dirige a la caja y la abre con toda precaución, haciendo apartar a los demás personajes que se le acercan, toma de ella la miniatura, que guarda, cierra nuevamente la caja y se acerca a Fansomas, que se la muestra.) Ya ves, esmeraldas.

FANSOMAS (Tomándola, da un grito, después de examinarla cerca la luz.) ¡ Ah ! ¡ pero es un sueño !

SMAEL ¿Qué te pasa?

CARLOT (¿Qué habrá visto?)

FANSOMAS Oye, dime, contesta, ¿y esa joya te la entregó la esposa del barón?

SMAEL ¿No te lo dije?... ¿pero qué hallas en ella que así te sorprende?

FANSOMAS Dime, ¿y cómo está en su poder?

SMAEL Creo que es un recuerdo de familia.

FANSOMAS ¿De familia? ¿En tal caso este retrato pertenece...?

ISMAEL A su padre, según creo.

FANSOMAS ¿A su padre?... ¡ Oh ! ¡ pronto ! ¡ pronto !... ¡ necesito esta miniatura !... ¡ ha de ser mía !

CARLOT (Lo será, no me cabe duda.)

ISMAEL Te la daré, si tanto te interesa, a cambio del brillante, cuando me lo entregues.

FANSOMAS No, no; ha de ser hoy, esta noche yo he de acudir con ella al baile.

ISMAEL No creo que pretendas robármela.

FANSOMAS Dijiste veinte y cinco mil francos.

ISMAEL Sí, pero...

FANSOMAS ¡ Toma ! Aquí los tienes. (Se los da. Se queda la miniatura.)

ISMAEL ¿Pero no ves que vale mucho más?

FANSOMAS Miserable canalla, te doy el precio que tú mismo tasaste.

CARLOT (¿De qué se queja este judío?)

ISMAEL Sí, pero yo te dije este precio no pensando jamás que pudieras ser su comprador.

FANSOMAS Pues tu egoísmo te ha perdido; por esa miniatura te habría dado cuanto poseo.

ISMAEL (¡Necio de mí!)

FANSOMAS Ahora sí, ahora te juro que esta noche será mío el brillante negro. Tú no sabes de quién es este retrato.

ISMAEL Ya te lo he dicho; creo que del padre de la baronesa.

FANSOMAS Pues por eso lo quiero. El padre de la baronesa fué vilmente asesinado en Australia.

ISMAEL Lo ignoraba. ¿Y tú, qué tienes que ver con ello?

FANSOMAS ¿Qué tengo que ver, dices, y tal vez hallaré el medio de realizar mi afán de venganza?

ISMAEL ¿Estás loco?

FANSOMAS Loco, sí, porque sábelo de una vez: la esposa del barón es mi hermana. Adiós, adiós. (Vase corriendo. Carlot e Ismael quedan asombrados.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Salón espléndidamente iluminado, por las anchas aberturas del foro vese otro, en el que hay gran animación de damas y caballeros. Puertas laterales en primer y segundo término. Entre las dos de la derecha, un mueble con grande espejo. Mobiliario lujosísimo.

ESCENA PRIMERA

Vense damas y caballeros, en último término, bailando. MICHAUD, en primer término, escribiendo en su libro de memorias unas pequeñas cuartillas; a poco, PLANCHÉ.

MICHAUD «Fiesta espléndida, mujeres espléndidas, bufet más espléndido aún. La joven baronesa pasea en su pecho el célebre pendentif. La detención de Fansomas aleja todo temor. Todo ello gracias al incomparable Planché, el único jefe de policía posible.» (Al ver a Planché, que viene del foro, interrumpe la escritura y se dirige a él.) ¡Ah! ¿es usted? En este momento escribía su nombre, haciendo justicia a sus indiscutibles méritos.

PLANCHÉ Gracias, pero no simpatizo gran cosa con las publicidades acerca de mi persona. Procuro cumplir con los deberes de mi cargo y nada más.

MICHAUD Ah, pero, amigo mío, con acierto y habilidad verdaderamente admirables.

PLANCHÉ Pero nunca debemos estar seguros de nosotros mismos.

MICHAUD ¿Qué? ¿acaso su presencia en la fiesta significa el temor al célebre ladrón a quien usted tiene encarcelado?

PLANCHÉ No vea usted otra cosa en ello que una prudente precaución.

MICHAUD Sería ya el colmo que se hallara entre los invitados, después de burlar a sus guardianes.

PLANCHÉ Contra Fansomas sólo hay...

MICHAUD Planché, el jefe de policía. París entero lo ha reconocido a tales horas. (Varios camareros sirven sorbetes a los invitados. Entre ellos aparece Duglast, que sostiene torpemente una bandeja. Michaud se apercibe y se dirige a él llamándole.) Permítame usted, voy a tomar un sorbete.

ESCENA II

Dichos y DUGLAST, que se acerca ofreciéndole sorbetes de su bandeja, dejando caer algunos.

DUGLAST Usted perdone.

MICHAUD (Tomando uno.) (Vaya una torpeza de camarero.) Con el permiso de usted. (Deja la copa, que se escurre de las manos de Duglast.)

DUGLAST ¡Ay! ¡usted dispense!

MICHAUD (Eso no es un camarero, es un mozo de cuerda.) (Desaparece entre las damas y caballeros, mientras Duglast baja al proscenio, deja la bandeja en una mesa y se dirige a Planché.)

DUGLAST Gracias a Dios. Señor Planché, créame que mi nuevo oficio me está dando un mal rato. Eso de ser camarero es más difícil de lo que creí en un principio.

PLANCHÉ Debiera usted haber evitado le obligaran a servir.

DUGLAST ¿Cómo? Yo me tomé en serio el papel, a fin de no infundir sospechas; me entregaron la bandeja, y no podía metérmela en un bolsillo. Si usted supiera las torpezas que he cometido; he derramado un

sorbete en el escote de una dama, di luego un tropezón, y di con otro en la pechera de un caballero, que quedó hecho una sopa.

PLANCHÉ ¿Y todo ello sin que haya usted notado absolutamente nada anormal en ninguno de los concurrentes?

DUGLAST ¿Y usted se cree que es poco el trabajo de cargar con eso? (Señalando la bandeja.)

PLANCHÉ ¿No le ha llamado la atención, entre los invitados, un caballero inglés?

DUGLAST Pero si hay de todas las naciones.

PLANCHÉ Sí, pero éste es el que con mayor asiduidad habla con la esposa del barón. No le pierda de vista, rubio, usa monóculo.

DUGLAST Descuide usted, voy a dejar la bandeja, y no le perderé de vista. (Toma la bandeja y desaparece.)

PLANCHÉ Es el único invitado que me infunde sospechas.

ESCENA III

PLANCHÉ, MICHAUD, DIXON, SEÑORA DELABARRE, SEÑORA POMEER, INVITADAS 1.ª y 2.ª, damas y caballeros.

MICHAUD Vengan ustedes; señor Planché, estas damas y este caballero desean felicitar a usted.

PLANCHÉ Señoras... Caballero...

MICHAU Es nuestro gran Planché, el insubstituíble jefe de policía de París.

DIXON (Dándole la mano.) ¡Oh! ser admirable la captura que usted haber realizado.

INVIT. 1.ª Admirabilísima. (Todos asienten y le estrechan la mano.)

PLANCHÉ Gracias, no merezco...

DIXON ¡Oh! ser un detective... con toda... con toda...

MICHAUD Sí, señor, con toda la barba.

DIXON Con barba y bigotamienta. (Todos rien.)

PLANCHÉ (No acabo de convencerme.) (Mirándole.)
DELABA. Pues yo, señores, no felicito al señor Planché, al contrario. Uno de los encantos que ofrecía la vida parisién eran las hazañas de Fansomas, sus misteriosos robos; me confieso una fanática del incomprensible ladrón.
INVIT. 1.ª Está usted loca, señora.
DELABA. Pues son muchísimas las que opinan como yo, aunque lo callan.
PLANCHÉ De manera que sigue usted creyendo que he cometido una mala acción.
DELABA. Cuando menos una acción de la que podía prescindir.
POMEER ¡Un ladrón tan sugestivo!
DELABA. ¡Tan especial!
INVIT. 1.ª Por Dios, señoras mías, no parece sino que se trata de un personaje.
POMEER ¡Qué duda tiene!
DELABA. Cuando menos en su clase.
INVIT. 1.ª ¡Valiente clase la de Fansomas!
DIXON Ser un verdadero gentleman.
PLANCHÉ Dirán mejor un apache de frac y guante blanco.
MICHAUD Este es el calificativo, amigo Planché. Aunque con su captura haya usted perjudicado a los que vivimos del periodismo.
PLANCHÉ ¿Qué les he perjudicado?
MICHAUD Naturalmente. El público arrebataba de las manos de los vendedores los números en que se daba cuenta de sus hazañas.
PLANCHÉ Diga usted de sus fechorías.
MICHAUD Bueno, fechorías, pero sumamente interesantes para nuestros lectores.
DELABA. El señor inspector no puede perdonarle los disgustos que le dió.
PLANCHÉ Señora, yo no tengo que perdonarle nada. Cumplí con mi deber al capturar a un hombre peligroso con el cual no había caja de caudales segura, ni valiosa joya en el pecho de una dama.
DELABA. ¿Y usted cree que no son sujetos de peor

especie los que hacen cuantiosos robos escudados por la impunidad?

INVIT. 1.ª Tiene razón en eso la señora Delabarre; algunos hay a quienes estrechamos la mano dignos del grillete de un presidiario.

PLANCHÉ En una palabra, que en vez de felicitarme, no parece otra cosa sino que me dirigen cargos.

INVIT. 1.ª No, eso no.

INVIT. 2.ª De ninguna manera.

DELABA. Sí, señor, ni más ni menos. Fansomas es un ladrón delicioso.

POMEER Interesante cuando menos. (Mientras las damas parecen aprobar, los caballeros lo contrario.)

DELABA. Esté usted seguro, señor Planché, que Fansomas sabrá burlar a sus carceleros.

POMEER Si no los ha burlado ya. ¡ Ja, ja, ja !... (Riendo junto con las damas.)

PLANCHÉ ¿Y se alegrarían ustedes?

DELABA. ¡ Ya lo creo !

MICHAUD ¿Lo está usted oyendo, señor inspector? Estas señoras son unas fanáticas del célebre ladrón.

DIXON Mí serlo también. En Londres, no haber ladrón célebre que no burlarse diariamente de la policía.

DELABA. En Inglaterra está todo muchísimo más perfeccionado.

PLANCHÉ Pues en Francia, sin los famosos detectives ingleses, la policía está más atrasada y se apodera de los ladrones.

DELABA. Cuando no se les vuelven a escapar.

POMEER Sería gracioso.

PLANCHÉ (¡ Si habrá corrido la noticia !)

MICHAUD ¿Y usted cree (A Planché.) que eso será posible?

PLANCHÉ Aunque lo fuera, no sería mía la culpa, pues yo no quedé de guardián.

INVIT. 1.ª Bien dicho.

MICHAUD En tal caso, no sería extraño que le diera qué hacer nuevamente.

PLANCHÉ La verdad, señores, no comprendo que a

personas de elevada clase les preocupe de tal modo la suerte de un ladrón vulgar.

INVIT 1.ª Tiene razón el señor inspector.

DELABA. Pues no la tiene. Fansomas no es un ladrón vulgar.

POMEER ¿Qué ha de serlo? Todo lo contrario.

DELABA. Célebre, y muy célebre, y a su celebridad ha contribuído usted mismo, señor Planché.

PLANCHÉ ¿Que yo he contribuído?

DELABA. Naturalmente, por las muchas burlas que le hizo. (Todos rien.)

DIXON ¡Como en Inglaterra, como en Inglaterra! (Riendo.)

PLANCHÉ ¡Basta, señores! No sé si me burlará de nuevo o no, pero si así fuera, empezaré de nuevo también.

DELABA. Ya no está seguro. (Bajo a las damas.)

PLANCHÉ Y conseguiré al fin encerrarle en un presidio o se perderá mi nombre. (Cada vez aumenta más mis sospechas este mister Dixon.)

DELABA. (Bajo a las damas, riendo.) Tengo la seguridad que el inspector de policía quedará sin nombre.

ESCENA IV

Dichos y REGINA.

REGINA Señores, ¿cómo dejan ustedes abandonados los salones?

INVIT. 1.ª Señora baronesa...

INVIT. 2.ª Señora. (Todos se levantan y la saludan.)

POMEER Amiga mía... (Todas las damas la saludan.)

DELABA. (A la señora Pomeer.) Vea usted como luce el célebre brillante.

PLANCHÉ Señora, tengo el honor...

REGINA Señor Planché, le doy las gracias por haber honrado con su presencia nuestra velada.

DELABA. Aunque le estábamos dando un mal rato.

REGINA No comprendo.

PLANCHÉ Señores, creo que no se debe hablar ya más de semejante incidente.

DELABA. Nos resultaba sumamente agradable, ¿verdad? (A las damas.)

POMEER Agradabilísimo.

DIXON Usted, señora, permítame examinar su célebre brillante.

REGINA Con mucho gusto. (Se quita el pendentif y lo entrega a Dixon; todos le rodean; Planché no le pierde de vista.)

PLANCHÉ (Cada vez me gusta menos este hombre.)

DIXON ¡Oh! ser una piedra de inestimable valor. (Se lo devuelve.)

MICHAUD Que puede lucir esta noche la señora baronesa sin recelo alguno, gracias a la captura realizada por nuestro incomparable inspector de policía.

REGINA ¿Pero creen ustedes que habría hecho el menor caso de la amenaza de ese célebre Fansomas? Además, ¿bajo qué pretexto ni cómo se habría introducido en nuestra casa?

DELABA. Amiga mía, Fansomas se aparece cuando y por donde quiere.

MICHAUD Señora, permítame usted que le diga que estas fantásticas apariciones las habrá usted visto en las películas cinematográficas o leído en las novelas detectivistas.

DIXON Señora baronesa, mí no haber visto más que otro brillante igual; hacer ya más de veinte años, en uno de mis viajes a Australia.

REGINA ¿Qué? ¿a Australia?

PLANCHÉ ¿A Australia ha dicho usted?

DIXON Sí, parecer como si les interesara.

PLANCHÉ (Yo he de hablar con este hombre. Cada vez me parece más misterioso.)

REGINA No debe usted extrañarle, porque yo nací en Australia, donde mis padres fueron asesinados por un infame que les arrebató sus riquezas.

PLANCHÉ (La baronesa es, pues, la hija... Me im-

porta callar ahora, así será luego mayor mi servicio policíaco. Pero le preguntaré...)

DIXON Yo haber conocido, pues, a su padre. ¿No tener ningún retrato suyo?

REGINA Sí, tengo una miniatura.

DIXON Enseñármela usted en seguida.

REGINA ¡Oh! (Olvidaba que está en poder de Ismael.)

DELABA. ¡Qué interesante!... Pronto, muéstresela usted. (Todos rodean a la baronesa.)

MICHAUD ¡Qué información tan sensacional escribiré!

PLANCHÉ Señora, ¿qué aguarda?

REGINA Lo siento, pero me es imposible en este instante. Ayer, precisamente, (Con alguna turbación.) la tenía, pero saltaron algunas esmeraldas que la rodean, y se la mandé a mi joyero, para que las colocara nuevamente.

DELABA. ¡Qué lástima! Sabríamos ahora...

PLANCHÉ (Se ha turbado; no dice la verdad. Debo interrogarla.)

REGINA (¡Dios mío! Esta situación es insostenible.)

PLANCHÉ ¿Me permiten ustedes que hable unos momentos con la señora baronesa?...

TODOS Sí, sí...

PLANCHÉ Perdonen ustedes pero... (Empiezan a levantarse y desfilar.)

DELABA. (A las otras damas.) ¡Qué lástima quedarnos a medias! (Dirigiéndose a Dixon mientras va a marchar.) ¿Me da usted su brazo, mister Dixon?

DIXON Mi advertirle que no saber más que lo dicho.

DELABA. ¿Pero usted conoció en Australia...?

DIXON Sí, sí... (Desaparecen hablando.)

INVIT. 1.ª (A los otros, marchándose.) Siempre me ha parecido misterioso este matrimonio. (Michaud retrocede llegando hasta Planché, y le dice bajo.)

MICHAUD Le suplico que reserve sólo para mí cuan-

to averigüe usted. Que sea mi diario el primero y mejor informado.

PLANCHÉ Son ustedes los periodistas lo más indiscreto que conocí.

MICHAUD A ello nos obliga el deber profesional, usted perdone.

PLANCHÉ Está bien, le revelaré sólo lo que me parezca.

MICHAUD (Tú verás cómo te pongo como te tires una plancha de las acostumbradas.)

ESCENA V

PLANCHÉ y REGINA.

PLANCHÉ Señora baronesa, perdone usted mi indiscreción al remover la triste historia de los desgraciados autores de sus días, pero si fuera usted tan amable que me diera algún detalle.

REGINA Pocos, o casi ninguno poseo. Tenía yo cuatro o cinco años cuando ocurrió la horrible tragedia que me dejó sola y desamparada en aquella isla. Mi padre poseía unas minas de oro.

PLANCHÉ Siga usted, siga.

REGINA La codicia cegó a un malvado, con el cual juntos las explotaban, y le quitó la vida, lo mismo que a mi pobre madre ; el barón fué quien me recogió. Vinimos a Europa.

PLANCHÉ Y es hoy su esposo.

REGINA (Vacilando.) Sí... sí, señor, es mi... esposo.

PLANCHÉ Pero usted tenía un hermano.

REGINA ¿Usted sabe?...

PLANCHÉ ¿Algo mayor que usted?

REGINA Sí, a quien no he conocido, porque en aquel entonces estaba en París, estudiando.

PLANCHÉ ¿Y no puede darme detalles de él?

REGINA Ninguno.

PLANCHÉ ¿Cómo se explica que el señor barón, al recogerla a usted, no hiciera lo propio con su hermano?

REGINA Porque tuvimos que dirigirnos a Nueva York, donde permanecimos una temporada, en cuya ciudad mi esposo debía liquidar un negocio pendiente. A pesar de que, según dice, mensualmente mandaba un giro a la pensión en que estudiaba mi hermano; al llegar a París nos dijeron que había desaparecido, y han resultado inútiles cuantas gestiones se han hecho para hallarle.

PLANCHÉ ¿En tal caso, usted y su hermano son los herederos de su padre?

REGINA Pero como le fué robado cuanto poseía.

PLANCHÉ Sabe Dios si tal vez queda aún algo en Australia, que no pudo llevarse consigo el asesino.

REGINA Lo sabría el barón, mi marido, y lo habría reclamado.

PLANCHÉ Es verdad, pero podría darse el caso de que hasta él lo ignorase. (¡ Qué triunfo policíaco voy a obtener !) Tengo precisión de hablar a su señor esposo.

REGINA Aquí llega precisamente.

ESCENA VI

Dichos y el BARÓN DE GARUBIER.

GARUBIER Acaban de decirme que nos honraba usted con su presencia, y le agradezco infinito su atención.

PLANCHÉ Celebro poderles hablar a solas, pues a ustedes solamente debo comunicar el motivo que me obliga a participar de su agradable fiesta. Como ustedes saben, logré la detención del tristemente célebre Fansomas.

GARUBIER Y gracias a ello puede estar seguro el pendentif en el pecho de mi esposa.

PLANCHÉ Con todo el sentimiento de mi alma me veo obligado a desvanecerles la seguridad.

REGINA ¿Cómo?

GARUBIER ¿Es posible?

PLANCHÉ No es mía la culpa si ha sabido burlar, ignoro por qué medios, al encargado de su custodia.

GARUBIER ¡Pero este hombre es el demonio!

REGINA ¿Y cree usted que hallará medio de penetrar en nuestros propios salones?

PLANCHÉ No sólo lo creo, sino que tengo sospechas fundadas de que ya se encuentra en ellos.

REGINA ¡Dios mío!

GARUBIER Es inconcebible.

PLANCHÉ Afortunadamente no se me escapará esta vez. Hice disfrazar de camarero a uno de mis agentes, el cual tiene mis instrucciones. Mi secretario está en la calle apostado con otros, para acudir a la menor señal; está, pues, todo previsto. Sólo recomiendo a ustedes el mayor secreto entre los invitados, a fin de que podamos echarle mano en cuanto sea ocasión.

GARUBIER Ni en lo más mínimo destruiremos sus acertadas medidas. Vamos ahora a reunirnos con los invitados, para que nadie se fije en nuestra ausencia.

PLANCHÉ Un momento, quisiera hacerle solo algunas preguntas acerca el triste fin de los padres de su esposa, la señora baronesa..

GARUBIER ¿Qué? ¿usted sabe? (Dando una mirada a su esposa.) No comprendo a qué relatar al señor inspector, y mucho menos durante la fiesta, aquella triste historia.

REGINA Nada le he dicho.

PLANCHÉ Tiene razón la señora baronesa; no ha sido ella, y debo decirle más; por comisión del consulado de Australia sabía aquel horrible crimen, cometido hace veinte años, sin que yo sospechara se refiriera a sus desgraciados padres.

GARUBIER (¿Sospechará este imbécil?)

REGINA El señor Planché me ha dirigido algunas preguntas a las cuales no he podido con-

testar, pues yo, por mi poca edad, de nada pude darme cuenta.

GARUBIER (He de quedarme solo con este hombre.) Oye, Regina, mientras yo continúo hablando con el señor inspector vé a reunirte con los invitados. (Balbuceando las palabras y visiblemente emocionado.)

PLANCHÉ Comprendo que tales recuerdos le trastornen a usted.

GARUBIER Sí, sí, señor, ¡una pobre niña abandonada!... ¡La negra traición de un amigo!...

REGINA No puede ocultar su excitación cada vez que se habla de ello.

GARUBIER Realmente. (O este hombre es muy ladino, y podría ser mi perdición, o es un inepto, y en tal caso me he salvado.) Vé, vé, esposa mía.

PLANCHÉ Sí, sí, señora, y nada tema usted por la joya esta noche. En breve nos reuniremos en el salón con usted y los invitados.

REGINA (Saluda y se dirige al foro.) (Nunca observé en él tanta turbación.) (Vase.)

ESCENA VII

GARUBIER y PLANCHÉ.

PLANCHÉ Nada he querido decir ante su esposa, pero debo manifestarle que en Australia hay un verdadero tesoro, al cual tiene perfecto derecho como heredera de sus padres.

GARUBIER (Reponiéndose y respirando.) ¡Un tesoro!... (Me tranquilizo; este hombre nada sospecha, y es una verdadera nulidad.)

PLANCHÉ Sí, señor, lo repito, un tesoro; unas minas de oro nada menos. ¿Y usted lo ignoraba?

GARUBIER Completamente. Comprenda usted que a saberlo, al amparar a la pobre huérfana, en vez de una noble acción, hubiera al-

guien podido suponerme miras interesadas, al hacerla luego mi esposa.

PLANCHÉ No debe usted añadir ni una palabra, para convencerme de la nobleza de sus sentimientos. Sus razones convencerían al más incrédulo.

GARUBIER (Mucho más si era necio como tú.)

PLANCHÉ No es este sitio, ni noche oportuna para continuar acerca un asunto que tanto debe interesarle. Quedo encargado de todo.

GARUBIER (Menos mal para mí si no se encarga otro.)

PLANCHÉ Y nos veremos dentro de dos días para hablar detenidamente. Planché le da su palabra de averiguarlo todo.

GARUBIER Gracias. (Y yo te doy la mía de que procuraré no puedas averiguar nada.)

PLANCHÉ Me voy a los salones, pues no debo olvidar que tal vez Fansomas se halla entre los invitados. Creo, a pesar de todo, haberle dado una buena noticia.

GARUBIER Que le agradezco en el alma.

PLANCHÉ Entre los invitados me hallará usted. (Saluda y vase por el foro.)

ESCENA VIII

GARUBIER.

Pueden los ladrones y apaches tener por suyo París con semejante inspector de policía. Pero por mucha que sea su tontería, no debo olvidar que la casualidad le hizo dueño de un secreto que me pertenece y que otros menos imbéciles que él podrían encargarse de averiguarlo, y entonces sería cierta mi perdición. Es indispensable que Regina sea mi esposa, cosa a la cual siempre se ha negado, y debo también salir de París. Tampoco renuncio a las minas de oro de sus padres. Debo hallar quien se presente a reclamarlas como heredero.

René es demasiado honrado. No hay que pensar en él... Tal vez el astuto judío pueda proporcionarme quien... Tengo todos los documentos para acreditar la personalidad del hermano de Regina... ¡ Inspírame, infierno !... Sí, tengo mi plan. Dirigiéndose al foro.) Calma, serenidad, y seré nuevamente millonario. (Mientras se dirige al foro, desapareciendo por él, Fansomas aparece por el otro lado del mismo, deteniéndose y ocultándose a su vista hasta verle desaparecer ; lleva una peluca rubia, un monóculo como mister Dixon, de modo que a primera vista pueda parecérsele.)

ESCENA IX

FANSOMAS ; a poco, DUGLAST, con una servilleta al brazo.

FANSOMAS No hay duda, la presencia de Planché en la fiesta me indica que le participaron mi evasión. He notado entre los camareros a uno que servía muy torpemente, y en cuanto me ha visto hizo un extraño movimiento. Muy necio sería yo no habiéndole reconocido como un agente de policía disfrazado. A él es a quien primero debo despistar. (Mira disimuladamente por el foro.) Viene siguiéndome. Empecemos mi plan. (Se acerca a un espejo de la derecha mientras Duglast aparece por el foro, observándole y procurando ocultarse.)

DUGLAST (Este es un inglés a quien no debo perder de vista.)

FANSOMAS (Le veo por el espejo.) (Se quita la peluca y se la pone de nuevo, como arreglándosela.)

DUGLAST (¡ Ah ! no hay duda. Tiene razón el inspector, no hay tal inglés, se lo avisaré en seguida.) (Vase.)

FANSOMAS ¡ Ja, ja, ja !... Me prometo una noche magnífica. Este es tan necio como su jefe ; ha caído en el garlito. ¡ Cómo voy a divertir-

me con los dos ! (Se guarda la peluca.) Hacia aquí vienen. He de oirles. (Se oculta tras un cortinaje.)

ESCENA X

PLANCHÉ, DUGLAST; FANSOMAS, oculto.

PLANCHÉ Lo que usted me dice me llena de asombro.

DUGLAST No tenga usted la menor duda, yo le he visto hace unos segundos ante este espejo arreglándose la peluca.

PLANCHÉ Este hombre es un espíritu ; si ni siquiera me apercibí de que se alejara de entre los invitados.

DUGLAST Tenga usted la seguridad de cuanto le digo, y no vaya a burlarle nuevamente.

PLANCHÉ ¿A mí?... ¿a Planché?... ¡ Ah ! lo que es esta noche de nada le valdrán sus mañas. Ahora que ya le he descubierto, puede usted retirarse. Deje su traje de camarero y vaya a reunirse con mi secretario Farsot ; para nada le necesito ya.

DUGLAST Gracias a Dios, porque no puede usted figurarse los apuros que me ha proporcionado mi empleo.

PLANCHÉ El verdadero policía debe saber hacerlo todo.

DUGLAST Eso ; lo mismo que Fansomas.

PLANCHÉ ¡ Lo mismo que el diablo ! También se les ha contagiado a ustedes la admiración por ese canalla.

DUGLAST Usted perdone ; pero algún mérito debemos reconocerle, cuando a usted mismo tan malos ratos le dió.

PLANCHÉ Eh, basta, y no tolero haga usted comentarios ni juicios acerca mi persona. Márchese usted, me basto solo.

DUGLAST Está bien, me retiro. (No sé lo que daría para que te llevaras chasco.) (Vase por el foro.)

PLANCHÉ Conque eran ciertas mis sospechas. Esta noche sabrá Fansomas quién es el inspector Planché. (Vase por la izquierda.)

FANSOMAS (Apareciendo.) No, esta noche sabrá Planché quien es Fansomas. (Da una mirada al rededor.) Yo no he de salir de esta casa sin averiguar si realmente la baronesa es mi hermana, y si lo fuera, que no sepa la triste celebridad de quien lleva su misma sangre. Ella hacia aquí se dirige. Vuelvo a mi observatorio, y dejemos que mi buena estrella me guíe. (Ocúltase nuevamente.)

ESCENA XI

REGINA; a poco, RENÉ; FANSOMAS, oculto.

REGINA No sé qué extraña inquietud se apoderó de mí, y por qué razón me repugna más cada día el hombre que me amparó en mi orfandad. ¿Debo sentir gratitud hacia él o debe inspirarme horror?... Este empeño en que aparezca ante todo el mundo como su esposa...

FANSOMAS (Oculto.) (¿Qué está hablando esta mujer?)

REGINA No sé qué voz secreta en mi corazón me dice que no debo acceder a sus deseos. (Aparece René sin traje de etiqueta.)

RENÉ Señora...

REGINA ¿Usted, amigo René?

FANSOMAS (¿Quién será este hombre? Nada perderemos en saberlo.)

RENÉ Perdóneme si vengo a turbar la espléndida fiesta, ni siquiera vestido como a ella corresponde.

REGINA Su cargo en nuestra casa le dispensa a usted de ello.

FANSOMAS (¿Qué cargo será el suyo?)

REGINA Puede usted considerarse dichoso; le envidio, por no verse obligado a fingir una posición que no es la suya. En cambio,

mi esposo y yo forzosamente hemos de engañar a cuantos nos rodean.

RENÉ Señora, muy a pesar mío debo reconocer que los negocios del barón empeoran cada día. La situación de la casa es ya insostenible.

REGINA ¿Y usted cree que me apena? Sabe Dios si la ruina representaría para mí una tranquilidad que la opulencia me niega.

RENÉ Señora, si yo con mi vida pudiera evitarla, no vacilaría en sacrificársela ni un solo momento.

REGINA Gracias, René.

RENÉ Le hablo con el corazón, señora, con el cual le hablé siempre.

REGINA Ni por un solo instante dudé de su interés y de su afecto. Sería a usted tal vez al único que acudiría en mi desgracia.

RENÉ ¡Oh Regina!... (Conteniéndose) digo, señora baronesa; no sabe usted cuánta felicidad encierran para mí sus bellas palabras.

FANSOMAS (No se necesita ser un lince para adivinar que se quieren en secreto.)

RENÉ (Temo que lea en mis palabras lo que siento por ella, que me haga yo mismo traición.)

REGINA (¿Qué inexplicable impulso me arrastra hacia este hombre?) Sea usted franco, René, su presencia en el baile me inquieta.

RENÉ ¿Por qué, señora?

REGINA En vano tratará de ocultarme alguna mala noticia para el barón. Alguna nueva contrariedad de la que viene usted a darle cuenta.

RENÉ No, no crea...

REGINA De niña me acostumbré a vivir en continuo fingimiento. En nombre, pues, del interés que usted siempre me ha demostrado, le exijo que hable.

RENÉ No puede ser, señora. Traicionaría con

ello la confianza que tiene en mí su esposo.

REGINA ¡Mi esposo!... Es verdad, sí, mi esposo como creen todos.

FANSOMAS (¡Qué escucho!)

RENÉ ¿Qué? ¿Qué es lo que acaba usted de decirme?

REGINA ¡Dios mío!

RENÉ ¡Acabe usted, por Dios, señora!

REGINA ¡Desgraciada de mí si el barón supiera que impensadamente he revelado a usted la verdad! Pues bien, el barón no es mi esposo. No sé qué extraño interés tiene en hacerlo creer así.

RENÉ Comprendo; para ser su verdugo.... (¡Alienta, corazón!)

FANSOMAS (¡Ah!, de tal modo, mi hermana no es la mujer del que sospecho sea el asesino de mis padres. ¡Respiro!)

REGINA Pero de algún tiempo a esta parte muestra decidido empeño en que me una a él para siempre, y sea efectivamente su esposa.

FANSOMAS (Eso no será.)

RENÉ En tal caso, usted es libre; podría un hombre honrado aspirar a su cariño.

REGINA Sería su desgracia y la mía.

RENÉ Oh, no, si este hombre nada tuviera que temer del barón y le librara de sus inicuas pretensiones. Y este hombre existe, señora, sí, existe. Hace tiempo que en secreto la adoro, y jamás se abrieron mis labios, porque consideraba con ello ofenderla...

REGINA (¡Dios mío!) ¡Por el cielo, René!

RENÉ ¡Ah! perdone usted, Regina; soy un iluso, no debí decirle palabra; le juro no vender el secreto.

FANSOMAS (En cambio yo nada juré y sabré aprovecharlo.)

REGINA Olvídelo, se lo ruego, y abandóneme a mi suerte.

RENÉ ¿Abandonarla yo?... ¿Yo, que soy el único que poseo su confianza? ¿Yo, que la quiero a usted con delirio?

REGINA ¡ René !

RENÉ Es verdad, sí, perdone mi atrevimiento. ¡ Adiós, adiós, Regina, olvide usted mi insensata locura ! (Vase precipitadamente.)

REGINA ¡ Qué torpe imprudencia la mía ! El amor que yo siento por este hombre me ha obligado, sin darme cuenta, a revelarle la verdad. Tiene razón el barón, debemos alejarnos de Francia. El cielo no quiere que sea feliz. (Vase precipitadamente.)

FANSOMAS (Saliendo de su escondrijo.) No sé yo lo que querrá el cielo. Pero lo que tú no sabes es que tu hermano ha decidido que lo seas. Ya tengo hermana y cuñado ; creo que lo natural ahora es procurarse los sobrinitos para completar la familia. He de hallar el medio de hacer llegar hasta ella la miniatura de nuestro padre. ¡ Torpe de mí que había olvidado al célebre inspector de policía ! Yo haré que sea él mismo quien la ponga en sus manos, sin figurárselo siquiera. Este aposento (Señalando el que estaba escondido.) comunica con un pasillo que conduce al recibidor de la casa. Me servirá de tocador para encarnarme en mi nueva personalidad. ¡ Prepárate, Planché, que te reservo un papel importantísimo ! (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XII

Algunas damas y caballeros pasean por el foro. Oyense los acordes de un quinteto ejecutando una danza. Aparece DIXON dando el brazo a REGINA ; tras de ellos, PLANCHÉ, sin perder de vista al inglés. Luego van apareciendo los personajes según se indica.

PLANCHÉ (No te escapas esta noche.) (Señalando a Dixon.)

DIXON Mi no ser como mis compatriotas, no conocer el esplen, haber recorrido Améri-

ca y toda la Europa. Conocer todas las costumbres, haber cenado en París con los apaches, y haberme vestido de chulo en Sevilla, y celebrado juergas con los torrerros; haberme emborrachado con mansanillo, y haber dormido en la prevención. Haberme divertido mucho. (Aparece la señora Delabarre del brazo de Michaud.)

DELABA. ¿No le parece a usted que Fansomas debiera haberse ya presentado?

MICHAUD Señora, creo que por esta vez le habrán salido mal las cuentas. (¡Cómo lo haría yo para desprenderme de esta Matusalem!)

DELABA. Ustedes los periodistas me resultan altamente simpáticos.

MICHAUD Gracias, señora. (A mí me revientan las viejas.)

PLANCHÉ (Sin dejar de vista a Dixon.) (En cuanto le descubra algún movimiento sospechoso, le echo mano y no le suelto.) (Vese aparecer en el foro a Fansomas, con una peluca de largas melenas y una luchana sin bigote, como los norteamericanos, Michaud se apercibe de su llegada y dice a la señora Delabarre:)

MICHAUD Me permitirá usted, señora. En cumplimiento de mis deberes periodísticos debo enterarme de quién es aquel caballero de las melenas que acaba de entrar en el salón. Me parece que le conozco.

DELABA. ¡Cuánto lo siento! Pero en fin, a pesar mío no puedo oponerme.

MICHAUD Usted perdone. (Me libré de semejante estantigua. No volverás a dar conmigo.) (Michaud se mezcla entre los caballeros y damas del foro, entre los cuales está Fansomas.)

DIXON Ser España un país delicioso; mi pelar un pava todas las noches, en Sevilla, a la reja de una manola.

PLANCHÉ (Yo sí que te voy a dejar sin las plumas de tu disfraz.)

MICHAUD (Viniendo a la escena con algunos invitados y mos-

trando a Fansomas.) ¡Ah señores! ¡Qué agradable sorpresa! ¿No saben ustedes a quién tenemos entre los invitados al baile?

DELABA. ¡A Fansomas!

PLANCHÉ (Este periodista va a meter la pata.)

MICHAUD ¿Quién se acuerda ya del incomprensible bandido?

PLANCHÉ (¡Respiro!) ¡Señora, qué obsesión tiene usted!

INVIT. 1.ª Sepamos quién es este caballero.

MICHAUD Nada menos que Dick, el famoso ilusionista americano.

TODOS ¡Dick!

MICHAUD Sí, sí, señores, Dick en persona.

FANSOMAS (Este periodista es un imbécil que me secunda.)

MICHAUD ¡El gran Dick, que fué la atracción en el Olimpia el pasado invierno! Le he reconocido en cuanto vi su tarjeta. ¿Quién no conoce al prodigioso artista? (La verdad es que yo no le había visto en mi vida.)

DELABA. ¡Ya lo creo, el famoso Dick!

FANSOMAS Señores... Señora baronesa... Gracias por su invitación.

REGINA Caballero... (¿Quién habrá invitado a este hombre?)

INVIT. 1.ª ¡Admirable Dick! Yo no dejé de acudir ni una sola noche.

INVIT. 2.ª ¡Ni yo!

POMEER Yo acudí a admirarle como todo París.

FANSOMAS (Vamos, aquí miente todo el mundo, y afortunadamente nadie conoce a Dick, aunque aseguran todos haberle visto.) (Le estrechan todos la mano.)

PLANCHÉ (Este no debe infundirme sospechas, porque le conocen todos.)

MICHAUD (Al barón, que aparece por el foro derecha.) Señor barón, ha sido en usted un verdadero acierto invitar al incomparable ilusionista americano.

GARUBIER ¿Qué?...

MICHAUD Sí, al nunca bien ponderado Dick.

FANSOMAS Señor barón... (Saludándole.)

GARUBIER (No comprendo la presencia de este hombre.) Doy a usted gracias por...

FANSOMAS Es usted muy amable, y no podía negarme...

MICHAUD Aunque sea indiscreción, supongo que nos amenizará usted la velada con alguno de sus sorprendentes experimentos.

DIXON Ser yo un apasionado por las ciencias ocultas.

FANSOMAS Debo advertir a ustedes que vine sin preparación alguna, no suponiendo que se me reconociera.

MICHAUD ¡Vamos, hombre! ¿Cómo podía usted suponer que no le reconociéramos en seguida, y particularmente yo, reporter de *L'Eclair*?

FANSOMAS ¿De manera que me ha reconocido usted en seguida?

MICHAUD ¡Ya lo creo! al momento. ¿Usted no, señor Planché?

PLANCHÉ Yo concurro poco a los espectáculos.

MICHAUD Pues mire usted, tal vez es el único de cuantos aquí nos hallamos que ignora quién es. Y ya que el señor inspector no ha tenido ocasión de admirarle, debiera usted en su presencia improvisar alguna de sus incomparables suertes.

FANSOMAS En su obsequio, y ya que ustedes se empeñan, no me es posible negar. Siento infinito no venir preparado, y será esta circunstancia tal vez que defraude a ustedes en lo que esperan de mi trabajo; pero ya que se empeñan, no tengo otro remedio que complacerles.

TODOS Sí, sí...

FANSOMAS Yo les suplico que tomen ustedes asiento, y voy a ejecutar un sencillo experimento. (Todos toman asiento, y Fansomas se coloca tras un velador.)

MICHAUD Verán ustedes... Verán ustedes...

GARUBIER (¿Pero quién ha invitado a ese titiritero?)

DELABA. (¡Qué lástima que este hombre no sea el propio Fansomas!)

FANSOMAS ¿No habrá, caballeros, de entre ustedes quien se preste a servirme de secretario?

MICHAUD ¡Yo!... Yo mismo...

DIXON Serlo yo.

FANSOMAS Acepto su oferta. (A Dixon.) Perdone que prefiera al señor, (A Michaud.) pues su calidad de extranjero apartará toda sospecha de inteligencia con él. (Dixon se pone al lado de Fansomas.)

DIXON A mí gustarme todo lo imprevisto.

FANSOMAS (Después de pasear la mirada por las damas.) Señora baronesa, permítame que sea usted la escogida. ¿Me hace usted el favor de entregar a mi improvisado secretario su hermoso pendentif?

TODOS ¿Qué?...

FANSOMAS No se alarmen, porque voy a hacer depositario de él al señor Planché.

REGINA Tome usted. (Entregando el pendentif a Dixon, el cual lo pone en manos de Fansomas.)

MICHAUD (A ser este hombre Fansomas podía despedirse de la joya.) (Se pinta en todos los rostros la ansiedad.)

FANSOMAS (Toma el pendentif y lo envuelve en un papel.) Señor Planché, me hará usted el obsequio de que vea todo el mundo que lo conserva en su poder.

PLANCHÉ Que yo...

MICHAUD Sí, hombre, sí, ¿qué tiene eso de particular?

TODOS Sí... sí...

FANSOMAS Señor secretario, entregue usted la joya al señor inspector, y usted (A Planché.) tenga la bondad de sostenerla con el brazo levantado. (Dixon le entrega el papel a Planché, y éste hace cuanto le indica Fansomas. Todos ríen por lo bajo.) Así, perfectamente. Ahora, señores, voy a explicar a ustedes en qué con-

sistirá la suerte. Señora baronesa, por unos momentos tenga usted la bondad de concentrar el pensamiento en la joya que sostiene el señor Planché. Por mucho que usted la aprecie, examine mentalmente si hay entre sus joyas alguna otra hacia la cual sienta mayor predilección.

REGINA No comprendo...

PLANCHÉ (¿Qué dice este hombre?)

FANSOMAS Más claro: si de entre todas cuantas usted posee existe otra por la que cambiaría, si tuviera que perder alguna de las dos.

GARUBIER (¿Si estará en posesión del secreto?)

REGINA No sé qué contestar a usted. (¡Qué estremecimiento me causan las palabras de este hombre!)

MICHAUD ¡Es admirable! (Voy a impresionar una placa en mi Kodak.) (Con una pequeña máquina fotográfica saca una instantánea del inspector.)

DELABA ¡Verdaderamente emocionante! (Movimiento de interés, mientras el barón y Regina muestran impaciencia.)

FANSOMAS Señora baronesa, no quiero seguir molestándola con mis tal vez indiscretas preguntas. El resultado del experimento nos dará a todos la contestación. Para que se convenzan de la limpieza de mi trabajo voy a abandonar el salón por dos minutos, pasados los cuales el señor Planché mostrará a ustedes la joya que guarda, y ella misma les dará la solución. Dos minutos solamente. (Vase por el foro y todos quedan en absoluto silencio.)

MICHAUD (¿Qué se habrá propuesto el ilusionista?)

PLANCHÉ (Tentaciones me dan de hacer detener a este hombre.)

REGINA (No sé por qué siento una extraña inquietud.)

PLANCHÉ (Creo que estoy en ridículo.)

DIXON (Que desde el mutis de Fansomas consulta su reloj, y

dice a Planché, que hace un movimiento:) No, no haber pasado los dos minutos, faltar unos segundos aún. (Gran ansiedad en todos.)

PLANCHÉ (¿Si será este ilusionista un cómplice de Fansomas?)

POMEER ¿Qué cara pone el inspector? (Bajo a los demás.)

DIXON Cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. Haber pasado los dos minutos.

PLANCHÉ (¡Gracias al diablo!) (Todos lo rodean y desdobla el papel, apareciendo la miniatura.)

TODOS ¡Oh!

PLANCHÉ ¡Qué veo! ¡no es el pendentif! ¡Es un medallón con una miniatura!

REGINA ¡Ah! ¡la de mi padre! (Tomándola.)

GARUBIER (¡Es incomprensible!) (Gran confusión, todos hablan a un tiempo. El barón y Regina no saben lo que les pasa.)

MICHAUD Pero el pendentif ha desaparecido con el ilusionista americano.

DELABA. No hay duda, anda en ello Fansomas. ¡Viva Fansomas!

PLANCHÉ Y ustedes afirmaron conocer al ilusionista. Usted mismo, (A Michaud.) reporter de *L'Eclair,* para que haga uno caso de periodistas.

INVIT. 1.ª ¡Es maravilloso!

INVIT. 2.ª ¡Más que eso!

DIXON Haberlo visto y no creerlo, y en las barbamientas del inspector.

TODOS ¡Oh, oh!

PLANCHÉ Basta, señores; ustedes, al afirmar todos que conocían al ilusionista se han hecho sus cómplices sin sospecharlo. Pero no importa, Fansomas se halla aún entre nosotros. Pero no importa...

TODOS ¿Qué?...

PLANCHÉ Lo repito, el que acaba de escaparse, el ilusionista americano, como todos ustedes decían, y al cual habían admirado en Olimpia, según también afirmaban; no es

otra cosa que uno de los individuos de su banda. Señora baronesa, va usted a recobrar ahora mismo la joya. (Se dirige a Dixon y le coge por un brazo, ante la extrañeza de todos.) Se acabaron las farsas. No te he perdido de vista un momento.

DIXON ¿Eh? (Sorprendido.)

MICHAUD (¿Pero qué hace este hombre?)

PLANCHÉ Son inútiles los fingimientos. Venga la joya, y fuera esta peluca. ¡Aquí está Fansomas, señores! (Con triunfo.)

TODOS ¡Oh!

DIXON ¿Que yo ser Fansomas? ¿Que yo ser el ladrón? ¡Usted estar loco! ¡Reclamar al cónsul!

PLANCHÉ (Tirándole del pelo.) Fuera la peluca, dije, del modo que se la quitó usted aquí mismo delante de este espejo.

DIXON Ea, basta, y no tirarme más del pelo.

PLANCHÉ (Convencido.) (Pues es verdad, no es peluca.)

DIXON ¡Vaya, suelte usted! (Planché queda confuso.)

MICHAUD (¡Qué plancha tan enorme!)

DIXON ¡Yo reclamar! Yo pedir su destitución.

GARUBIER (Ese Fansomas puede perderme tal vez.)

DELABA. Señor Planché, no comete usted más que disparates.

PLANCHÉ ¡Señora!... (Aparece un criado con un pequeño paquete y una tarjeta.)

CRIADO ¿Mister Dixon?

DIXON Ser yo mismo.

CRIADO Acaba de salir un caballero encargando le entregara a usted esta tarjeta y este paquete. (Se lo entrega.)

DIXON (Lee la tarjeta, todos le rodean.) «Si el señor Planché le pide la peluca aquí se la mando.» (Desenvuelve el paquete y aparece la peluca que llevaba Fansomas. Todos se echan a reir.) «A la baronesa le dirá usted que en el mismo sitio que se hallaba la miniatura hallará el pendentif.—*Fansomas*.»

PLANCHÉ (Fuera de sí.) O me apodero de este canalla o se pierde mi nombre.

DELABA. ¿Por qué se esfuerza usted de tal modo, si al fin y al cabo no se trata más que de un cambio de sitio de las joyas?

PLANCHÉ Déjeme usted en paz, señora.

REGINA (¿Qué misterio hay en este hombre?)

GARUBIER (¿Cómo Ismael le ha entregado la miniatura?)

MICHAUD Confiese usted, amigo Planché, que no hay quien pueda con Fansomas.

PLANCHÉ Lo que digo es que ustedes los periodistas son unos imbéciles. (Dirigiéndose furioso hacia el foro, cuando aparece Farsot deteniéndole.)

FARSOT ¿Hay que detener a alguien?

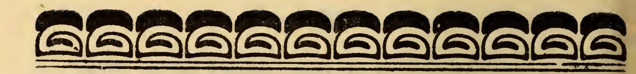
PLANCHÉ ¡Vaya usted al diablo!

MICHAUD ¡Pobre inspector!

DELABA. ¡Todo es obra de Fansomas! ¡Viva Fansomas! (Todos quedan riendo, Garubier y Regina, sin volver de su asombro, gran animación. Farsot, riendo también.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma decoración del segundo cuadro del acto tercero.

ESCENA PRIMERA

ISMAEL, con una pipa en sus labios, paseándose agitado.

(Mirando su reloj.) Las diez ya, y Fansomas sin parecer. Fía mucho en su buena estrella, y se le eclipsará el mejor día. Cometí una verdadera imprudencia cediéndole la miniatura si no ha logrado esta noche apoderarse del pendentif; la baronesa vendrá con él, confiando que tengo en mi poder el medallón, y me reclamará el cambio. ¡Si a estas horas ha caído Fansomas en poder de Planché, mi compromiso será aún mayor. ¡Estoy sobre ascuas! (Oyese llamar a la puerta.) ¡Será él! (Se acerca a la puerta.) ¿Quién es? (Dando un grito.) ¡El! ¡Gracias, Dios de Israel! (Abre precipitadamente y aparece Fansomas.)

ESCENA II

ISMAEL y FANSOMAS.

FANSOMAS ¡Cierra! (Ismael lo hace y queda mirándole.) ¿Qué? ¿te extraña mi presencia? ¿Acaso

Fansomas deja de cumplir su palabra jamás?

ISMAEL ¿Y el pendentif?

FANSOMAS Aquí está. (Mostrándole.)

ISMAEL ¡Divino Moisés! (Yendo a tomarlo.)

FANSOMAS Aguarda, que no se han separado aún las aguas del mar Rojo, para que puedan pasar los israelitas.

ISMAEL Pero dime: ¿estaba Planché en el baile del barón?

FANSOMAS Gracias a él me ha sido fácil apoderarme de la joya.

ISMAEL ¿Y nadie se ha apercibido cuando se lo robabas a la baronesa?

FANSOMAS ¿Qué es eso de robar, viejo judío? Yo jamás tomo nada contra la voluntad de su dueño. Yo me lo hago entregar todo de buen grado y ante la gente. Si con ello cometen una torpeza no es culpa mía, sino suya.

ISMAEL Aprovechándote luego de ella.

FANSOMAS Siempre que lo calculo digno castigo.

ISMAEL ¿Y a quién vas a castigar ahora?

FANSOMAS A ti, si te separas en un ápice de cuanto te ordene. Oyeme, porque puede presentarse la baronesa.

ISMAEL No lo esperes. Habiéndote tú apoderado del pendentif no puede venir a reclamarme la miniatura que me dejó en prenda.

FANSOMAS No tiene para qué, desde el momento que se la hice entregar por Planché mismo.

ISMAEL ¿Qué estás diciendo?

FANSOMAS Son cuentas mías, que en nada deben interesarte.

ISMAEL Comprendo, con lo que yo te dé por el pendentif te cobrarás...

FANSOMAS Te engañas también, no me cobraré nada.

ISMAEL ¿De modo que no me lo vas a vender?

FANSOMAS Nada de eso. La baronesa sabe que está en tu poder. Te lo dejo, vendrá por él, y se lo entregas.

ISMAEL Tú puedes hacer de tu dinero lo que te

plazca, pero yo cobré veinticinco mil francos de la miniatura, y tenía entregados cincuenta mil por el pendentif; de modo que yo no me resigno a tu generosidad.

FANSOMAS Te conozco demasiado para no saber hasta donde llega la tuya. (Dándole billetes.) Aquí tienes los veinticinco mil francos restantes, y si bien no realizas el negocio que te propusiste, nada pierdes en él.

ISMAEL ¡Pero qué ladrón más particular eres tú!

FANSOMAS Yo sólo robo a los que adquieren mal sus riquezas, y como abunda tanto la clase, es fabulosa mi fortuna. Atiende ahora bien, y guárdate de cometer una mala acción, porque saldrás tú el más perjudicado en ella. Aquí tienes el brillante negro. Le entrega el pendentif.)

ISMAEL ¡Qué hermoso! (Codiciosamente.)

FANSOMAS No te enamores de él, porque sólo lo conservarás unos instantes en tu poder. Tengo la seguridad de que vendrá la baronesa a recogerlo. Se lo entregas sin decirle una palabra de lo sucedido con la miniatura. Dile, si te parece, que te fué substraída. Me es igual.

ISMAEL ¿Se lo doy sin exigirle nada?

FANSOMAS ¿Pero no te he dado yo la cantidad que por él tenías entregada?

ISMAEL La verdad, sí.

FANSOMAS ¿Pues entonces? (Oyese llamar.)

ISMAEL ¿Han llamado?

FANSOMAS Entérate de quien es antes de abrir. No sería extraño que recibieras la visita de Planché.

ISMAEL ¿Y si fuera él?

FANSOMAS Abre, y sea quien sea, yo me oculto; si es Planché, para burlarle; si es la baronesa, para impedir que seas tú quien me burle a mí. (Escóndese a la derecha.)

ISMAEL (¡Oh! ¡qué idea!... ¿Si pudiera substituir el precioso brillante poniendo otro falso en su lugar? ¿Por qué no? Fanso-

mas no lo verá de nuevo... (Se acerca a la mesa.) Sí, será cuestión de un instante. (Figura quitarle.)

FANSOMAS ¿Qué hará este canalla? (Asomando por la puerta.)

ISMAEL (¡Ah! ya está.) (Busca en su cajón.) (Aquí tengo el falso.) (Oyese llamar nuevamente.)

FANSOMAS ¿Abres o no?

ISMAEL Sí, sí, voy al momento. (Figura meterse en el bolsillo el brillante legítimo.)

FANSOMAS (¡Ah! comprendo. Afortunadamente me apercibí del cambio, grandísimo bribón.)

ISMAEL (Ya está.) (Guarda la joya en el cajón, vuelve a tomar la pipa y va abrir.)

ESCENA III

Dichos y REGINA.

ISMAEL ¡Ah! usted, señora baronesa. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande! Es decir, según y cómo.

REGINA Oye, Ismael. Necesito saber lo que ha sucedido.

ISMAEL Que me ha sido robada la miniatura que me dejó usted en garantía del pendentif.

REGINA Y en cambio me ha sido restituída esta noche en mi propia casa, del modo más inexplicable.

ISMAEL ¡Dios de Israel! ¿Con que la tiene usted? ¿y es cierto? Pues bien, señora, no se acabaron aquí los milagros; yo tengo en cambio en mi poder el pendentif, que seguramente le fué sustraído sin darse cuenta, el cual me ha sido entregado de un modo verdaderamente inexplicable, misterioso.

REGINA Me lo figuraba, porque aunque veladamente, y de modo que yo sola podía comprenderlo, se me avisó de que estaba en tu casa.

ISMAEL ¡Ah, señora! prefiero perjudicarme en mi

negocio antes que conservar en mi poder semejante joya. Creo que me acarrearía desgracia.

REGINA ¿Pretendes que te entregue de nuevo la miniatura?

ISMAEL Oh, no, tampoco, tampoco. Quédese usted con las dos.

REGINA ¿Es posible?

ISMAEL Voy a entregarle al instante su pendentif. Mi Dios de Israel me preserve de retenerle en mi poder.

REGINA Ismael, eres más generoso de lo que nunca había imaginado.

ISMAEL Señora, se nos juzga a veces a los israelitas muy injustamente. Voy a entregarle su joya al instante.

REGINA Confieso que me parece un sueño cuanto pasa. Ismael se dirige a la mesa de trabajo, y en un momento esconde el brillante que se metió en el bolsillo, dentro la pipa, toma el pendentif, después de examinar si la piedra está sujeta, se acerca a Regina.)

ISMAEL Aquí lo tiene usted. Nada quiero con esa joya, ni con la miniatura. Guárdese las dos, que no parece otra cosa sino que el mismo espíritu infernal tiene algo que ver con ellas.

REGINA Ignoro a qué poder se debe, pero me interesa tanto el averiguarlo como las joyas mismas. No sé por qué me parece que se ha servido de ellas alguien que desea llegar hasta mí; alguien que posee algún secreto que me pertenece, pues de otro modo no se explica que leyera en mi pensamiento.

ISMAEL Cada vez lo entiendo menos.

REGINA Adiós, Ismael, creí que tal vez tus explicaciones me dieran la clave del enigma que me rodea.

ISMAEL En absoluto, señora, era yo, quien de usted lo esperaba.

REGINA Sea como fuere, te portaste honradamente en esta ocasión, y te estaré eterna-

mente agradecida. (Se dirige a la puerta y aparece Fansomas, poniéndose frente de ella e impidiéndole salir.)

FANSOMAS Un momento, señora.

REGINA ¿Eh? ¿Quién es este hombre?

ISMAEL (¿Si se habrá apercibido del cambio?)

FANSOMAS Nada tema usted, al contrario. Reconozca en mí al ilusionista americano.

REGINA ¡Ah!

FANSOMAS La ficción no tenía otro objeto que devolverle la miniatura para convencerme de lo que sospechaba. Y si me apoderé del pendentif era con el propósito de devolvérselo, por medio de este canalla, que con una mala acción que acaba de realizar en este momento ha precipitado los acontecimientos.

REGINA Caballero, no comprendo.

ISMAEL (¿Si se habrá apercibido?)

FANSOMAS En primer lugar, el ilusionista americano, Fansomas y yo, somos los tres una misma persona.

REGINA ¿Qué?...

FANSOMAS Las dos joyas, que tal vez consideraba usted perdidas, por mi intervención las ha recobrado.

REGINA Es cierto, y no me explico...

FANSOMAS No está lejano el día que pueda ver usted claramente por qué me inspira tanto interés.

REGINA Caballero, sea usted quien fuere, su noble proceder merece mi más profunda gratitud, y siento que tal vez pueda serle fatal su presencia aquí en este momento. Reflexione que existe quien ha jurado apoderarse de su persona, y sentiría ser yo la causa de su perdición.

FANSOMAS Tranquilícese usted, señora; sé más que usted, y mi accidentada vida adiestróme de tal modo, que jamás doy un paso en falso. Pero yo no puedo consentir que salga usted de esta casa siendo víctima del

despojo que acaba de cometer este canalla.

REGINA ¿Un despojo? No es cierto, acaba de entregarme el pendentif.

FANSOMAS Sí, es cierto; pero lo que usted ignora es que ha substituído el brillante por otro falso, y que el legítimo lo conserva en su poder.

ISMAEL ¡Falso!... ¡Falso!...

FANSOMAS Falso, es verdad, eso es lo que digo yo también, que el brillante es falso. Permítame usted, señora, que lo examine.

REGINA ¿Será verdad? (Se lo entrega.)

ISMAEL (¡Estoy perdido!)

FANSOMAS (Va a la mesa y hace la prueba.) No me engañé. Este miserable acaba de cometer un robo. ¡Pronto, perro judío; entrégame el brillante legítimo! (Lo coge por un brazo.)

REGINA ¿Pero es posible?

ISMAEL ¡Suelta, no lo tengo! (Tengamos valor.) Digo que yo entregué el pendentif tal como llegó a mis manos.

FANSOMAS ¡Mientes!

ISMAEL Tal vez fuiste tú quien realizaste el cambio antes de entregármelo.

FANSOMAS ¿Qué?

ISMAEL Sí, tú mismo, que por algo eres Fansomas, y pretendes ahora que sea yo quien lo pague.

FANSOMAS (Fuera de sí, golpeándole.) ¡Ah! ¡Encubridor de ladrones!... ¡Canalla!... ¡Vil serpiente!...

ISMAEL ¡Suelta!

FANSOMAS ¡Pronto, el brillante!

ISMAEL ¡No lo tengo, podría jurarlo!

FANSOMAS ¿Jurarías por tu Dios de Israel?

ISMAEL Con una mano puesta en el corazón, y con la otra extendida.

FANSOMAS Júramelo, pues, si te atreves.

ISMAEL (Que tiene la pipa en la mano, hace como buscando sitio para dejarla, y la entrega a Fansomas.) Juro por mi Dios de Israel, que si alguien tie-

ne en su poder la piedra preciosa que se me reclama, eres tú y no soy yo.

FANSOMAS (Reflexionando.) ¿Y eso juras? ¿No te amedrenta ser perjuro ante tu Dios?

ISMAEL Repito que si alguien de los dos lo conserva en su poder eres tú y no soy yo. (Un momento de pausa. Fansomas va a devolverle la pipa, y retira la mano como si le acudiera un pensamiento.)

FANSOMAS ¡Ah! ¿Juras por tu Dios de Israel que en este instante, si alguien de los dos tiene en su poder el brillante soy yo y no tú, y para jurar has puesto tu pipa en mis manos? (Vacía el contenido de la pipa en la palma de la mano y aparece el brillante.) ¡Míralo!

REGINA ¡Dios mío!

ISMAEL (¡Maldito!)

FANSOMAS Realmente decías verdad al jurarlo; era yo quien lo tenía en mi poder, tú mismo me lo habías entregado sin que yo me diera cuenta. ¿Ve usted, señora? Sabía con quien trataba y descubrí tu superchería.

REGINA ¿Pero es posible?

FANSOMAS Tome usted. (Se lo da.) Este miserable canalla intentó aprovechar mi devolución en beneficio suyo. Fansomas soy, sí, Fansomas, el azote de los que retienen lo que no les pertenece. ¡Inmunda alimaña, no te aplasto con mi pie porque mancha tu contacto! ¡Salgamos!

REGINA ¡No, usted no! Yo no puedo consentir que se apoderen de su persona. Sería en mí la más negra de las ingratitudes si no le avisara el peligro que le aguarda. Junto a la puerta de la casa se halla el barón con el inspector Planché. (Llaman a la puerta.) ¡Ah! ¡Son ellos! ¡Pronto, ocúltese!

FANSOMAS Sería inútil, me hallarían.

REGINA ¡Virgen mía! ¡Y por mi causa caerá usted en sus manos!

FANSOMAS ¿Dice usted que está también el barón?
PLANCHÉ ¡ Pronto, abrid ! (Voz dentro.)
FANSOMAS Nada temo, pues. Aquí les aguardo, él me salvará. (A Ismael.) Abre.
REGINA (Me cautiva la serenidad de este hombre.)
ISMAEL (Esta vez no te librarás.) (Abre la puerta y y aparecen Planché y el barón.)
PLANCHÉ ¡ Ah ! ¡ Por fin !... (Arrojándose encima de Fansomas.)
GARUBIER ¡ Regina !
FANSOMAS (Tranquilamente.) No hay que extremar las cosas, amigo Planché, me entrego a discreción. Ha triunfado usted nuevamente.
PLANCHÉ ¡ Las manos !
FANSOMAS Aquí están ! (Planché se las sujeta.)
REGINA ¡ Oh, no, yo se lo suplico, señor inspector ! Suéltele usted, déjele en libertad.
PLANCHÉ ¿ Y usted es quien me lo pide, señora?
GARUBIER ¿Tú, Regina?
REGINA ¡ Oh, sí, con toda mi alma ! A sus generosidades debo haber recobrado lo que más apreciaba, y gracias a su astucia pude recobrar el brillante negro legítimo, que el judío Ismael había substituído por otro falso ; véanle ustedes.
GARUBIER ¿ Pero eso es cierto? (Acercándose a Fansomas.)
FANSOMAS (Al oído del barón.) Es cierto, Emilio Carleaux.
GARUBIER ¿ Este nombre? (Aterrado.)
FANSOMAS Es el del asesino de los padres de Regina, es el tuyo.
GARUBIER ¡ Oh !
PLANCHÉ ¿Qué le ha dicho este canalla?
GARUBIER Un momento, señor inspector ; yo he de hablar a ese hombre, se lo suplico por lo que más quiera en este mundo.
PLANCHÉ ¡ Imposible !
FANSOMAS ¿Qué teme usted? ¿Que me escape? No por cierto ; en primer lugar, le reconozco una rara habilidad en sujetar las manos de los malhechores ; me sería imposible deshacerme de estas ligaduras, y luego

no hay aquí puertas falsas ni escotillones. Una sola puerta comunica con la calle, y es la única que a ella da salida. Creo que apostados en ella, usted y los suyos, es lo suficiente para que no pueda evadirme. ¿O será, sin duda, que ni usted mismo tiene confianza consigo? Aquí me hallará usted en cuanto hayan salido estos señores.

ISMAEL (Este se le escapa; no sé cómo, pero se le escapa.)

REGINA (¿Qué le habrá dicho al oído al barón?)

GARUBIER Acceda usted, se lo suplico.

PLANCHÉ Está bien. Pero ten presente, Fansomas, que ni yo ni los míos abandonamos la puerta de la casa, y que al menor intento de fuga, una bala dará cuenta de tu vida.

FANSOMAS ¿Y puede usted pensar que salga yo a la calle con las manos atadas en esta forma?

PLANCHÉ Sólo unos momentos le concedo, señor barón.

FANSOMAS Bastarán muy pocos. (Planché, dándole una postrer mirada, vuelve a asegurarse de las ligaduras.) Si le parecen pocas mis ligaduras puede sujetarme los pies, para mayor seguridad.

PLANCHÉ No, me basta, pero no olvide mi advertencia. (Vase por el foro y cierra la puerta.)

ESCENA IV

Dichos menos Planché.

REGINA ¿Lo ve usted? Yo habré sido su perdición.

FANSOMAS Pero el señor barón será tan amable que hará en mi obsequio cuanto pueda. Oiga usted, señor barón. (Le aparta de los demás personajes.) Si al instante no me libra usted de estas ligaduras, seremos dos los que de aquí vayamos a la cárcel.

GARUBIER ¿Pretende usted?...

FANSOMAS Sí, lo dicho, pronto, o descubro al inspector quién es usted. Si retarda unos segundos siquiera, revelo a Regina que usted fué el asesino de sus padres.

GARUBIER ¡Oh! (Le desata.)

ISMAEL (¡Pero este hombre es el demonio!) (Con asombro.)

REGINA (¿Qué habrá podido decirle? ¿Qué secreto esconderá este hombre?)

FANSOMAS Gracias, señor barón. Ahora tenga la amabilidad de entregarme su abrigo y su sombrero.

GARUBIER ¿Qué?

ISMAEL (¡Yo estoy soñando!)

REGINA (¿Será posible?)

FANSOMAS Sí, he dicho claramente su sombrero y su abrigo.

GARUBIER Pero...

FANSOMAS ¡Pronto! (Al oído.)

GARUBIER (¡Estoy completamente a merced de este hombre!)

FANSOMAS (Con fingida sonrisa.) Vamos, señor barón, hágame usted el obsequio.

GARUBIER Tome usted, haga de mí cuanto quiera. (Se quita el abrigo y el sombrero, que se pone Fansomas.)

ISMAEL (¡Es asombroso!)

REGINA (¡Qué secreto tan terrible ha de existir entre los dos!)

FANSOMAS (A Regina, que está petrificada.) No extrañe usted, señora, que su... marido me salve... es por el interés que usted ha demostrado en ello.

GARUBIER (Bajo a Fansomas.) Yo necesito que me dé usted una esplicación.

FANSOMAS Se las daré cumplidas a no tardar. Señora; hágame el honor de aceptar mi brazo, y salgamos.

GARUBIER ¡Ah, no, eso no!

FANSOMAS ¿Es que prefiere usted salir del brazo mío y en compañía de Planché?

GARUBIER (¡ Ah, maldición !)

ISMAEL (¡ Cada vez lo entiendo menos !)

FANSOMAS Pronto, elija, me es igual.

GARUBIER Ve con él, Regina. (Haciendo un esfuerzo.)

FANSOMAS Ya sabía yo que acabaría por acceder a mis súplicas. (Se levanta el cuello del abrigo, ofrece el brazo a Regina, que maquinalmente se lo toma.) Vamos, señora.

REGINA ¿Quiere usted decirme?... (Bajo a Fansomas.)

FANSOMAS Lo que presumía ; que la presencia de su esposo me sería sumamente favorable. (Vanse Fansomas y Regina.)

ESCENA V

ISMAEL, GARUBIER, y a poco PLANCHÉ.

ISMAEL Señor barón, ¿y usted, usted protege la fuga de Fansomas?... Van a tomarle por su cómplice. ¿Qué le diremos a Planché, el inspector?

GARUBIER ¡ Este hombre es el diablo en persona ! ¿Qué hacer?

ISMAEL Evitemos el compromiso cuando menos ; hacerle detener en el preciso momento que suba al auto con la señora baronesa.

GARUBIER Es verdad ; no debo consentir que se escape. (Se dirige a la puerta, apareciendo súbitamente Planché, que sin reconocerle se le echa encima, en el preciso momento que se oye la bocina de un auto que se aleja.)

PLANCHÉ ¡ Ah, no, no te escapas !

GARUBIER ¡ Suelte usted !

ISMAEL (¡ Echale un galgo !)

PLANCHÉ ¿Qué veo? ¡ Usted, el barón ! Pero si le he visto salir yo mismo con su esposa.

GARUBIER Quien salía con mi esposa no era yo.

PLANCHÉ ¿Qué?... ¿Quién era, pues?

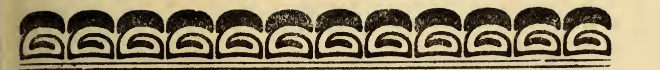
GARUBIER ¿Y no lo sospecha aún? Ese infame, ese canalla. ¡Fansomas!

PLANCHÉ (Fuera de sí.) ¡Otra nueva burla! ¡Y ha pasado ante mis ojos, y no he sabido reconocerle!... ¡Soy un necio!

ISMAEL (¡Al fin se hizo justicia!)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Elegante saloncito en casa de Fansomas. Puerta al foro, y otra en segundo término izquierda. A la derecha, en segundo término, ventana que da a la calle. Colgaduras y muebles del mejor gusto. Un veladorcillo a la derecha; junto a él, una cómoda butaca; tapices, cuadros y objetos artísticos, dan a la estancia un carácter de riqueza y fina distinción.

ESCENA PRIMERA

FANSOMAS, leyendo un periódico sentado en la butaca junto al veladorcillo, fumando, y vistiendo un elegante batín. RENARD, de pie junto a la ventana, mirando a la calle.

RENARD (Después de una pausa.) No me cabe duda, tratan de rodear la casa. Siempre me figuré que tu retrato publicado en *L'Eclair* te perjudicaría. Nuestros vecinos te han reconocido, y no tendría nada de extraño que alguno de ellos hubiera avisado a la policía.

FANSOMAS No te inquiete.

RENARD Parece imposible que permanezcas tranquilo, sin atender al peligro que corres.

FANSOMAS ¿Acaso no estoy familiarizado con él? Mi único mérito consiste en no perder nunca la serenidad; en apreciar las más difíciles situaciones tal como se presentan, a fin de sacar de ellas el mejor partido. Yo poseo la ciencia de anticiparme al pensamiento de mis perseguidores y sé preve-

nirlo. Créeme, amigo Renard: los que como yo poseemos el dominio de nosotros mismos triunfamos siempre de nuestros semejantes.

RENARD Pero no cuentas con lo imprevisto.

FANSOMAS Lo imprevisto no existe más que en los agentes de la naturaleza, y ésta no está al alcance de nuestros cálculos; del mismo modo que inutiliza nuestros planes, inutiliza también los de nuestros enemigos; de manera que si se nos presenta como un obstáculo, lo es también para ellos.

RENARD No puedo ocultarte el temor que me inspira muchas veces tu excesiva confianza.

FANSOMAS ¡Bah!...

RENARD Y que diariamente se complican las cosas de tal modo, que deben ser mayores las precauciones. Hace poco eras en París un ser misterioso, a quien nadie conocía; y hoy, en cambio, sabe todo el mundo, incluso Planché, a qué atenerse respecto a tu persona.

FANSOMAS Verdaderamente; y gracias a ello también he logrado conocer al miserable asesino de mis padres, que fué siempre mi obsesión, y llegué al lado de mi propia hermana, sin que ella sospechara los lazos que nos unen. Ya ves que lo uno de sobra me recompensa lo otro. Sigue, pues, observando lo que sucede en la calle, que yo por mi parte... (Fijando su mirada en el periódico. Mientras Renard vuelve a la ventana, da un grito de sorpresa.) ¡Ah! ¡Magnífico!

RENARD ¿Qué sucede?

FANSOMAS Lo mejor que podía suceder. Con el exprés de las ocho cuarenta Planché conducirá a Lyon, por encargo del banco, trescientos mil francos en oro. Una bonita suma de la que podría apoderarme.

RENARD ¡Estás loco!

FANSOMAS La mayor locura está en que un diario lo publique para que pueda yo enterarme de ello.

RENARD Seguramente, pues el inspector tendrá interés en apoderarse de tu persona para librarse de ti.

FANSOMAS Por la misma razón que lo tengo yo en todo lo contrario.

RENARD (En la ventana.) Aumenta en la calle el número de gente sospechosa.

FANSOMAS ¿Tú ves? Eso demuestra que Planché se reserva para sí dar el golpe. No quiere compartir la gloria, aunque procura tener a distancia quien le guarde las espaldas. El considera que bastándole una señal en caso de peligro para que acudan en su auxilio, puede perfectamente por sí solo rendirme.

RENARD (Mirando a la calle.) Acaba de llegar un nuevo personaje, que parece comunicarles órdenes.

FANSOMAS ¿Un nuevo personaje? (Se levanta y se acerca cautelosamente a la ventana.) Es Farsot, su secretario. Confieso que a éste no le burlaría con tanta facilidad como a su jefe. (Se retira de la ventana.) Su venida me anuncia que Planché no tardará en presentarse. Ha llegado el momento de prepararnos para recibir su visita. Ni por asomo hay que pensar en salir de aquí.

RENARD ¿Le aguardamos?

FANSOMAS ¡Qué duda tiene! Vas a desempeñar un papel importantísimo. Saca de nuestro guardarropa un traje de agente de policía.

RENARD ¿Te disfrazarás con él para escapar?

FANSOMAS Sería la mayor de las imprudencias, pues me reconocerían en seguida. El traje serás tú quien lo vista.

RENARD ¿Que me vista yo para escapar tú?

FANSOMAS Algo por el estilo.

RENARD No te comprendo.

FANSOMAS Ni importa tampoco, bastando que sea yo quien esté al corriente de ello, y que tú no te separes de mis instrucciones.

RENARD Ya sabes que soy un autómata. (Entra a la izquierda y reaparece con un traje de policía.) Aquí está.

FANSOMAS Bueno, vístete con él; pero sin precipitación alguna, pues hay tiempo de sobra.

RENARD (Se viste.) ¿Quieres que me mezcle entre los demás policías de la calle?

FANSOMAS ¡Vaya unas cosas se te ocurren! Los policías se conocen todos, y sería esto meterse en la boca del lobo.

RENARD ¿Qué intentas, pues?

FANSOMAS Calma; poco tardarás èn saberlo. Oyeme bien: aunque, como te he dicho, los policías se conocen todos unos a otros y tu presencia sería notada entre ellos; Planché no conoce, en cambio, a todos los individuos que forman el cuerpo a sus órdenes.

RENARD Claro, porque es muy numeroso, y le basta estar en relación con sus jefes.

FANSOMAS Es lo natural y lógico. (Mirándole con el uniforme puesto.) Muy bien. Ven ahora, que te arreglaré un poco la facha. (Le pone un bigote y un poco de colorete en la cara.) Así, con el rostro algo encendido, pues el plantón de la calle te abrió la sed y has hecho algunas libaciones en el bar próximo. Estás completamente metamorfoseado.

RENARD Bueno, ¿y ahora qué?

FANSOMAS Aguarda. (Va a la ventana.) No podía tardar. Aquí tenemos a Planché, dando órdenes a su secretario y haciendo tomar puntos estratégicos a los suyos. ¿Tú ves si le conozco? Subirá él solo, porque considera seguro apoderarse de mí, y no quiere compartir con sus subalternos el honor de la gloriosa jornada. El peor defecto de un necio es tener pretensiones de sabio. Se dirige hacia aquí.

RENARD ¿Y aguardamos su presencia?
FANSOMAS Es el único medio de escapar.
RENARD ¿Nos arrojaremos encima de él, sujetándole en cuanto penetre?
FANSOMAS ¿Y qué ganaríamos con ello? Planché, una vez seguro de mi persona, hará despejar la calle a fin de evitar todo aparato, y será él solo quien deseará entrar en la Comisaría, llevándome atado codo con codo.
RENARD ¿Y tú le seguirás?
FANSOMAS Esta segunda parte no será fácil que la realice. (Volviendo a la ventana.) ¡Pronto! (Pone los muebles en desorden echando algunos por el suelo sentándose en el sillón.)
RENARD ¿Qué haces?
FANSOMAS Preparar la escena. Ahora, una cuerda al instante y sujétame manos y pies.
RENARD (Lo hace.) Lo querrás de modo que puedas levantarte fácilmente.
FANSOMAS Sí, pero que no lo parezca, por si se le ocurre examinar las ligaduras. (Oyense voces.) ¡Ya está aquí! Por si fallara mi plan, tengo, como siempre, embotellado el gran recurso, el de las grandes ocasiones, el supremo, al cual no creo tengamos necesidad de apelar.
RENARD ¿Y qué nuevo recurso es éste?
FANSOMAS Vestir el traje de amianto y pegar fuego a la casa. A ver quien se atreve a capturarme entre las llamas.

ESCENA II

Dichos y PLANCHÉ, por el foro; queda sorprendido ante la presencia de un guardia de policía y al ver a Fansomas atado a un sillón.

PLANCHÉ ¿Qué?... ¿Qué es esto?
FANSOMAS ¿Le sorprende, sin duda, que un individuo a sus órdenes se le haya anticipado? Indudablemente se lo reservaba para usted solo, ¿verdad?

PLANCHÉ No comprendo cómo ha sido, ni autoricé a nadie para que entrara antes que yo en esta casa.

RENARD Perdone usted, señor inspector, pero...

FANSOMAS No sólo debe usted perdonarle, sino agradecérselo. A no ser por él, estaría yo a estas horas lejos de este sitio. ¿Puede usted figurarse que Fansomas habita una casa donde no posee puertas falsas, resortes ocultos y cuanto sea conveniente para burlar a sus perseguidores?

PLANCHÉ ¿Qué? (Mirando a su alrededor con inquietud.)

FANSOMAS No, no tema.

PLANCHÉ ¿Quién le ha dicho a usted que tema nada?

FANSOMAS Sus recelosas miradas a las paredes de esta habitación. Afortunadamente para usted, estoy sólidamente atado, y no puedo valerme de medio alguno para evadirme. Estoy a su disposición atado de pies y manos. Y ya ve usted, gracias tal vez al más olvidado policía, a quien de seguro ni usted mismo conocía.

PLANCHÉ Se engaña usted.

FANSOMAS ¿De manera que le conoce?

PLANCHÉ Como a todos los que están bajo mis órdenes y desempeñan acertadamente su cargo.

FANSOMAS (¡Qué embustero es este hombre!) Ya ve usted, su jefe le conoce y considera. (Dirigiéndose a Renard.) Pero no espere recompensa ni ascenso por este servicio. Al contrario.

RENARD He cumplido con mi deber.

FANSOMAS Y con ello ha ofendido a su jefe, postergándole.

PLANCHÉ ¿Postergarme a mí?

FANSOMAS Sí, sí, señor, pues ha demostrado valer mucho más que usted, y es natural que no se lo perdone y le pague usted el servicio con la cesantía en cuanto tenga ocasión.

PLANCHÉ ¡Eh, basta!

FANSOMAS Usted no sufre a su lado a los que verdaderamente valen, necesita rodearse de inútiles, como usted mismo, y ahora, cuantos guardias están apostados junto a la puerta de ésta casa, y cuantos curiosos se han reunido, al vernos salir a los tres juntos, no se les ocultará que no ha sido usted en persona quien ha realizado la captura, y se obscurece su gloria.

PLANCHÉ (Tiene razón este canalla.) Eso es lo que usted confía, un tumulto para ver si favorece su evasión. Pero ni esta esperanza le dejaré. (Vase al foro y aparece Farsot.) ¡ Farsot !

ESCENA III

Dichos y FARSOT, por el foro.

FARSOT (Viendo atado a Fansomas.) (¿Cómo ha dejado sorprenderse? ¿Ocultará Fansomas un nuevo plan?)

PLANCHÉ (Después de reflexionar,) Dé usted orden de que se retire todo el mundo.

FARSOT Pero...

PLANCHÉ Ni una palabra. Que se me obedezca. Me basto solo.

FANSOMAS (Sí, no necesita a nadie para hacer una tontería.)

FARSOT Está bien.

PLANCHÉ Quédese usted solo en la puerta de la calle. (Vase Farsot.)

FARSOT (Milagro será que no cometas una sandez.) (Momento de pausa.)

FANSOMAS Amigo Planché, hemos sufrido ambos dos lamentables humillaciones : usted, por habérsele anticipado un obscuro policía, y yo, por no haber sido el célebre inspector quien se apoderara de mi persona. Es verdaderamente denigrante para los dos.

PLANCHÉ Basta de burlas. (Se dirige a la ventana, y aprovechando su distracción, Fansomas se libra de las

ligaduras, hace una seña a Renard y se echan los dos de improviso sobre Planché, sujetándole.) Farsot ya está en la calle. ¡ Eh ! ¡ Eh ! ¡ Infames ! ¡ Canallas !... (Luchan los tres obligándole a sentarse, y le atan al mismo sillón que estaba Fansomas.) ¡ Socorro !...

FANSOMAS No grites, no pidas auxilio, tú mismo acabas de avisarnos que tu secretario está en la calle y no puede oirte.

PLANCHÉ ¡ Maldición !

FANSOMAS Es inútil. Ya ves cómo no conocías a este individuo a tus órdenes.

PLANCHÉ ¡ Oh, debí sospechar !

FANSOMAS Naturalmente, pero tú no sabes nunca lo que haces. ¡ Pobre señor inspector !

PLANCHÉ ¡ Oh, rabia !

FANSOMAS Un poco de paciencia, bastarán unos minutos. (Va a la ventana.) No hay un solo policía en la calle, pues sólo tu secretario guarda la puerta. Atame. (Renard lo hace.) Nos dejará pasar tranquilamente, pues verá que me llevan preso, y le diremos que tú le aguardas aquí. ¡ Je, je, je !... He sido compasivo contigo, evitándote este ridículo ante tus subordinados. Vamos, y hasta otra, que no se hará esperar. (Vase con Renard, riendo.)

PLANCHÉ ¡ Ay de ti, como vuelvas a dar conmigo ! (Hace esfuerzos para desatarse.)

ESCENA IV

PLANCHÉ ; luego, FARSOT.

PLANCHÉ ¡ Torpe ! ¡ Torpe de mí mil veces !... ¡ Otra vez pisoteado ! ¡ Hundido por este miserable, a quien no parece otra cosa sino que el infierno mismo proteje haciéndole dueño de todos mis pensamientos ! ¡ Y no poder desatarme ! ¡ Cuantos mayores esfuerzos realizo, esas cuerdas parecen penetrar más en mis carnes. ¡ Maldito yo mil veces !

FARSOT ¡ Es posible ! (Por el foro.)

PLANCHÉ ¡ Pronto ! ¡ Pronto ! desáteme usted.

FARSOT ¡ Fansomas en libertad y usted preso ! Permítame un pequeño consejo, señor inspector ; deje usted de perseguir al ladrón incomprensible.

PLANCHÉ ¡ Desáteme usted, con cien mil pares de demonios ! (Fuera de sí.)

FARSOT (Probando de deshacer los nudos.) Los demonios son los que han trenzado esos nudos, y si no vuelven otra vez del infierno para deshacerlos, habrá que llamar a un mozo de cuerda para que cargue con usted y el sillón.

PLANCHÉ ¿ Y no se le ocurre a usted cortar esos malditos cordeles ? ¿ Es que usted quiere que me ahoguen la rabia y el furor ?

FARSOT Voy. (No perderíamos gran cosa.) Pero no se mueva. (Con un cuchillo le corta las cuerdas.) ¡ Ah ! Así, ya está usted libre.

PLANCHÉ ¡ Gracias al diablo !

FARSOT ¿ Pero, qué ha sucedido ?

PLANCHÉ ¿ Le parece a usted que estoy para explicaciones, ahora ? ¿ Y han pasado ante usted y no les ha detenido ?

FARSOT No tenía esta órden, y con usted no me extralimito nunca, vi que le conducían preso, y se me dijo que usted me aguardaba aquí.

PLANCHÉ ¿ Y usted ha obedecido ?

FARSOT ¿ Y quién le hubiera desatado si yo no subo, vamos a ver ?

PLANCHÉ ¡ Ese Fansomas ! ¡ Ese miserable ! ¡ Ese canalla !

FARSOT Ya no existiría, si Planché fuera Fansomas y Fansomas fuera Planché. (Váse precipitadamente.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Salón despacho. Puerta al foro, otra en primer término izquierda y otra en segundo, oculta por un tapiz. A la izquierda, ventanal con vidrieras. En el ángulo de la izquierda que forma visual con el foro, una otomana o "chaise-longue". Frente al ventanal de la derecha, una mesa escritorio. Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA

EL BARÓN DE GARUBIER, paseándose nervioso; a poco, RENÉ, por el foro.

GARUBIER El diablo parece haber mezclado en mis asuntos a este hombre misterioso. No hay duda que posee en parte mi secreto. Mi situación está lo suficiente comprometida para que no me detenga en averiguarlo. Sin embargo, algunas horas me bastarán para salvarme.

RENÉ Señor barón... (Por el foro, precipitadamente.)

GARUBIER ¿Qué?... ¿Viene usted a darme alguna mala noticia de mis acreedores?

RENÉ La peor.

GARUBIER Acabe usted.

RENÉ Ha cundido la alarma; ya para nadie es un secreto su estado financiero; es público que la casa no podrá atender a sus obligaciones pendientes, y no sólo se le han ido retirando los fondos en ella depositados, sino que una mano misteriosa, algún incógnito enemigo de usted, ha

comprado el crédito de la casa Pith Hermanos, de Londres, habiendo sido presentada ayer la demanda de embargo.

GARUBIER ¡ Oh !... ¿Y no le ha sido a usted posible averiguar el nombre del nuevo tenedor?

RENÉ Han sido inútiles todas las preguntas.

GARUBIER Sin embargo, no se me ha hecho notificación alguna del traspaso del crédito.

RENÉ Lo cual nada tiene de extraño, desde el momento que las actuaciones se hacen a nombre de la casa de Londres.

GARUBIER Todo ello no hay duda que obedece al plan de mi incógnito enemigo. Pero me bastarán veinticuatro horas para burlarle.

RENÉ (¿Qué infamia intentará? ¡ Si pudiera averiguarlo !)

GARUBIER (Sí, debo afrontar enérgicamente la situación.) (Resuelto.) Diga usted a mi esposa que he de hablar con ella.

RENÉ Pero... (Vacilando.)

GARUBIER ¡ Pronto, obedezca usted !

RENÉ (¡ Pobre Regina ! ¡ La perderé para siempre !)

GARUBIER ¿En qué está usted pensando?

RENÉ Usted perdone. Voy en seguida. (¡ Si pudiera salvarla de este hombre !) (Se dirige al foro, en el preciso momento en que suenan unos golpecitos tras la puerta que oculta el tapiz, y se detiene.) (¿Quién será?)

GARUBIER (Apercibiéndose también.) No, aguarde, no le diga nada aún y retírese usted.

RENÉ (Seguro que aguarda alguna misteriosa visita.) (Marchándose por el foro.)

ESCENA II

GARUBIER; a poco, ISMAEL.

GARUBIER ¡ Gracias al diablo ! (Cierra la puerta del foro, se dirige al tapiz, lo levanta, y abre la puerta que

oculta, apareciendo Ismael.) Adelante. ¿Y Carlot?

ISMAEL Está aquí; pero quise que habláramos usted y yo, los dos.

GARUBIER No tengo que hablar contigo para nada, pues es un negocio que no te pertenece.

ISMAEL No me ofendo por su desconfianza, pero creí que tal vez usted tendría alguna pregunta que hacerme, y a eso vine.

GARUBIER Ninguna, desde el momento que ignoras el interés que puede guiar a Fansomas al mezclarse en mis asuntos.

ISMAEL ¿Qué temores puede inspirarle a usted un hombre perseguido por la justicia?

GARUBIER Estoy persuadido de que es él quien ha adquirido el crédito de una casa de Londres.

ISMAEL ¿Y qué puede hacer con él?

GARUBIER Lo que sin duda hizo ya: pedir el embargo de mis bienes.

ISMAEL ¡Es inaudito!

GARUBIER Tengo de ello la seguridad completa, desde el momento que no se ha servido de su nombre. Pero no es ocasión de perder el tiempo en conjeturas. Oye: ¿hasta qué punto puede tenerse confianza en ese Carlot?

ISMAEL Poca, si puede obrar por su cuenta; mucha si comprende que está a disposición de alguien que sepa amedrentarle.

GARUBIER Está bien, no deseo saber más. Dile que entre.

ISMAEL Al momento, pero debo advertirle...

GARUBIER Con lo que me has dicho me sobran tus advertencias.

ISMAEL (Tú te arrepentirás.)

GARUBIER Hazle entrar solo, pues debe quedar entre él y yo cuanto voy a proponerle.

ISMAEL Conformes. (Entre dos señores debe servirse al que paga mejor, y a mí, quien mejor me paga es Fansomas.)

GARUBIER ¿Qué estás murmurando?

ISMAEL Nada. (Yo no me quedo sin llevar parte en el negocio.) (Vase por la puerta del tapiz.)

ESCENA III

GARUBIER; a poco, CARLOT.

GARUBIER Yo comprometeré de tal modo a ese pillastre, que le haré mío en cuerpo y alma. (Aparece por el tapiz Carlot.)

CARLOT Señor barón...

GARUBIER Siéntate. Voy a proponerte un negocio, con el cual adquiriremos los dos una inmensa fortuna. Dime si te conviene.

CARLOT Me gusta la pregunta.

GARUBIER Te advierto que al menor asomo de traición por tu parte te ganas el presidio para toda la vida.

CARLOT El negocio me conviene algo más que el presidio.

GARUBIER Así lo creo, y esto me tranquiliza acerca de tu fidelidad.

CARLOT Puede usted creer en ella.

GARUBIER Está bien. Has de hacer un viaje a Australia.

CARLOT Aunque me mareo algo, bien puedo soportar las molestias de la travesía.

GARUBIER Allí reclamarás la propiedad de unas minas de oro.

CARLOT ¿De unas minas de oro? Está usted loco. ¿Y con qué derecho voy a entablar reclamación semejante

GARUBIER Con los derechos que tiene el hijo del que había sido su propietario.

CARLOT Comprendo. Haciéndose pasar por él. Pero para eso serán precisos documentos que lo justifiquen.

GARUBIER Los cuales te entregaré.

CARLOT ¿Falsos, por supuesto?

GARUBIER Te engañas, legítimos. Nadie podrá ponerlos en duda.

CARLOT ¿Y usted me pondrá en posesión de ellos?

GARUBIER Cuando llegue la ocasión.

CARLOT Comprendido.

GARUBIER Advirtiéndote nuevamente que me bastaría una simple denuncia para inutilizar toda mala idea que se te pudiera ocurrir, y que serías severamente castigado por la suplantación de la personalidad.

CARLOT Cuando, por el contrario, no separándome en un ápice de cuanto usted me diga, tendré mi parte...

GARUBIER Mayor de lo que puedes imaginar.

CARLOT ¿Y no me sucederá nada malo?

GARUBIER Te respondo de ello con mi cabeza, pues a los dos nos interesa por igual el éxito.

CARLOT Pues yo con mi cabeza le respondo también de no mover ni siquiera un dedo que no sea con su permiso. Carlot es incapaz de la menor traición cuando está convencido de que no le conviene.

GARUBIER Partiremos hoy mismo para un puerto del Mediterráneo, tomando pasaje para Australia, y durante el camino te instruiré de cuanto conviene. Por de pronto te pondré en posesión de tu fe de bautismo, extendida a nombre de Víctor Rombier. Grábalo bien en tu memoria.

CARLOT Víctor Rombier. (Repitiendo.)

GARUBIER Desde este momento te llamas así.

CARLOT No lo olvidaré, y le advierto que poco me importa cambiar de nombre, desde el momento que tampoco puedo asegurar que sea mío el que uso.

GARUBIER Aquí está. (Sacando una partida de bautismo de entre otros documentos que guarda en su cartera.)

CARLOT Perfectamente. (Guardándosela.) Ya soy Víctor Rombier. ¿Y qué más?

GARUBIER Oyeme bien. Aquí tienes dinero. (Le da un billete.)

CARLOT Así deben empezarse los negocios.

GARUBIER Te diriges a un bazar, te equipas conve-

nientemente, tomas una habitación en un hotel, te presentas al consulado de Australia, a fin de hacerte reconocer la personalidad como el hijo de Rombier, propietario que fué en Australia de unas riquísimas minas de oro, y asesinado hace veinte años.

CARLOT ¡Asesinado!...

GARUBIER Sí. Una vez realizado cuanto te encargo, vuelves nuevamente, sin que nadie en esta casa se entere de tu nueva personalidad.

CARLOT Ni yo mismo, mientras no nos hallemos solos los dos.

GARUBIER Ni una palabra tampoco al judío.

CARLOT Menos que a nadie. Los buenos cristianos como nosotros no debemos usar confianzas con los descendientes de aquel que vendió a su maestro. Renuncio a tener nuevos tratos con él; Carlot ha muerto, y desde hoy toma vida en mi cuerpo Víctor Rombier. (Levantando algo la voz.)

GARUBIER ¡Chist!... baja la voz.

CARLOT (Bajándola.) Soy Víctor Rombier. Con ese dinero me transformaré de tal modo, que a usted mismo le costará reconocerme. Ya me iba yo cansando de mi antigua vida, teniendo como tengo las mejores disposiciones para vivir a lo príncipe. (Oyese llamar a la puerta del foro.)

GARUBIER Aguarda un poco.

CARLOT ¿Puedo marcharme?

GARUBIER No, espera.

REGINA ¡Barón!... (Dentro.)

GARUBIER Es Regina... No conviene que te vea. (Levanta el tapiz.) Entra aquí y aguarda.

CARLOT Aguardaré. (Vase por la puerta del tapiz.)

ESCENA IV

GARUBIER abre la puerta del foro y aparece REGINA, visiblemente alterada y con el rostro descompuesto. Quedan un momento mirándose los dos sin decir palabra, después que Regina volvió a cerrar la puerta.

GARUBIER ¿Qué ocurre? ¿qué quieres?

REGINA ¿Quién estaba ahora hablando con usted?

GARUBIER Nadie.

REGINA ¡Falso!

GARUBIER ¡Regina!

REGINA Falso, lo repito, barón, o lo que sea, pues tales desconfianzas se han apoderado de mí de algún tiempo a esta parte, que hasta de su título dudo. Ha llegado la ocasión de que descorra usted el velo de mi vida.

GARUBIER ¿Qué exigencias son ésas en boca de la niña desamparada que todo me lo debe?

REGINA De la niña que, hoy mujer, tal vez pueda pedirle estrecha cuenta.

GARUBIER ¿Pedirme tú cuentas a mí? ¡Estás loca!

REGINA ¡Loca no, pero horrorizada sí, horrorizada por haber vivido hasta hoy bajo el mismo techo del asesino tal vez de mis padres!

GARUBIER ¿Qué? (Sorprendido.)

REGINA Acaben de una vez los misterios. Yo no quiero seguir pasando por su esposa.

GARUBIER ¡Ah, comprendo! Te interesa recobrar tu independencia porque quieres a un hombre.

REGINA No tiene usted derecho a saber lo que pasa en mi corazón.

GARUBIER Hoy mismo te devolveré tu libertad, y nos separaremos para siempre. Nada habrá ya de común entre los dos. Tú misma, sin sospecharlo, me allanas el camino.

REGINA Eso es lo que ayer tal vez me habría bastado; no es hoy suficiente. Sí, amo a un hombre, pero antes que las inclinaciones de mi corazón están los deberes de la hija.

GARUBIER (¡Qué sospecha habrá concebido!) ¿Qué deberes son éstos?

REGINA ¿Y usted lo pregunta? ¿Acaso no hablé claramente?

GARUBIER ¡Basta! ¿Quién pudo hacerte concebir tan infame sospecha? ¿Cómo has albergado en ti la monstruosa actitud que significan tus palabras?

REGINA Monstruosa, usted lo ha dicho, y por eso quiero saber la verdad toda; toda, por horrible que sea, que no lo será tanto, como lo ha sido mi destino hasta hoy.

GARUBIER Un destino que te ha permitido vivir en la opulencia.

REGINA De la que, repito, tal vez debo horrorizarme, por ser usted quien me la ofreció.

GARUBIER Ea, acabemos.

REGINA Si es lo que deseo, saber quién es el infame que juega con mi desgracia; usted, o el que hasta mí hizo llegar estas breves palabras. (Le da un papel, que Garubier lee precipitadamente.)

GARUBIER «Desconfíe del hermano que tal vez le presente el barón, único responsable de la muerte de sus padres.» (¡Maldición!) (Visiblemente contrariado.) ¡Qué impostura es ésta! ¿Qué hermano es el que yo te he presentado?

REGINA Acabe usted de leer.

GARUBIER (Volviendo a leer.) «El que lleva tu propia sangre, vela por ti, y sabrá entregar al asesino de nuestros desgraciados padres.» (¡Oh! ¡Estoy perdido!) (Pausa.)

REGINA ¿Nada contesta usted? ¿No se le ocurre una palabra para deshacer semejante acusación?

GARUBIER (Afortunadamente me bastarán unas ho-

ras.) (Procurando dominarse.) Ni contesto, n debo hacerlo tampoco. Vamos a separarnos hoy mismo para siempre, y que seas feliz con tu amante. Libre eres ya.

REGINA No, que antes que mi amor está el desgraciado recuerdo de mis padres.

GARUBIER ¡ Cuentas tuyas son ésas !

REGINA ¡ Mías y de su asesino !

GARUBIER Tampoco entro en ellas.

REGINA De muy cerca le tocan cuando a usted le acusan.

GARUBIER Pero sin prueba alguna.

REGINA Las tendrá quien a ello se atreve.

GARUBIER Una burda comedia, con la que se trata de explotar, sin duda alguna, tu credulidad. Si es cierto cuanto en ese infame escrito se asegura, si realmente existe tu hermano, ¿por qué no viene a sostener cara a cara su acusación? ¿Por qué no corre a tu lado? ¿por qué no se presenta?

ESCENA V

Dichos y FANSOMAS, levantando el tapiz.

FANSOMAS ¡ Aquí está ! (Quedan Regina y Garubier estupefactos de sorpresa.)

GARUBIER (¡ Qué ! ¡ Me han vendido !)

FANSOMAS Comprendo su sorpresa, señor barón; mejor dicho, Emilio Carleaux, asesino de mis padres. Hiciste penetrar en esta estancia al falso hermano de Regina, y ves aparecer el verdadero. Míralo allí tendido. (Entreabre el tapiz.)

REGINA ¡ Dios piadoso !

GARUBIER ¡ Oh rabia ! ¡ Asesinado !

FANSOMAS Desvanecido solamente. Fansomas jamás derramó una sola gota de sangre.

GARUBIER ¡ Tú, el ladrón !

FANSOMAS Sí, hermana mía, soy yo. (Regina se aparta

instintivamente.) Comprendo la repugnancia que te inspiro.

GARUBIER (Con aire triunfante.) Ya ves, pues, que todo ello es una farsa inventada por el misterioso ladrón.

FANSOMAS Sí, por el ladrón que le devolvió el medallón con la miniatura de nuestro padre; por el ladrón que le salvó el brillante negro de la codicia del judío Ismael; por el ladrón que viene a acusar hoy cara a cara al infame asesino de sus padres, que se apoderó de sus riquezas, y que intentaba hacer suyas las minas de oro de Australia, valiéndose de la persona de un canalla que fingiéndose el heredero, las reclamara.

GARUBIER ¡ Hombre o demonio, no escaparás esta vez a la justicia ! ¡ Yo mismo te entregaré !

REGINA ¡ Oh, no !

FANSOMAS Me anticipé a tus deseos, y avisada está para que venga por los dos.

REGINA ¿Pero es cierta tanta maldad?

FANSOMAS Aquí tienes la fe de bautismo (Enseñándosela.) que entregaste al que asociabas a tu infamia.

GARUBIER (¡ Oh !)

FANSOMAS Tú mismo, sin pensarlo, la pusiste en mis manos.

REGINA (Con arranque.) Raras veces se engaña la voz del corazón, y ésta me dice que hay en sus palabras el acento de la verdad. ¡ Hermano mío, abrázame ! (Se abrazan.)

FANSOMAS ¡ Regina ! ¡ Hermana mía ! Nuestros padres nos bendicen desde el cielo. Quizá no es tan execrable mi conducta como algunos afirman. Yo te juro que ni una sola gota de sangre caerá sobre mi frente.

GARUBIER (¡ Este hombre me ha perdido !) La habilidad de esta farsa acredita a Fansomas.

REGINA ¿Qué?
FANSOMAS ¡Canalla!... ¡Asesino!...
GARUBIER Admirable como siempre, desempeña usted a maravilla su papel.
FANSOMAS ¡Miserable! (Fuera de sí va á arrojarse sobr Garubier.)
REGINA ¡Hermano mío! (Deteniéndole. En este momento óyese llamar a la puerta del foro.)
RENÉ (Dentro.) ¡Pronto! ¡Señor barón! ¡Abra usted!
REGINA ¡Es René!
GARUBIER ¡Ah! ¿Es que entra también tu amant en la farsa?
REGINA ¡Infame!... ¿Y supone usted?...
FANSOMAS No, te engañas; (A Garubier.) no es René quien entra en ella; es Planché, el inspector de policía, quien, avisado por mí tomará parte.
GARUBIER ¡Planché!
REGINA ¿Y dejarás que te prenda?
FANSOMAS A mí no. Estoy acostumbrado a escurrirme de entre sus manos, y Dios me ayudará en esta ocasión, que un sagrado deber me guía, entregando a la justicia al asesino de nuestros padres.
GARUBIER ¡No será! (Haciendo ademán de huir.)
FANSOMAS (Deteniéndole.) No, es inútil; de aquí no sales. (Le da un fuerte empujón, haciéndole baja hasta primer término, mientras él abre la puerta de foro, apareciendo René, seguido de Planché, y tras él, Farsot.)

ESCENA VI

Dichos, RENÉ, PLANCHÉ y FARSOT.

RENÉ ¡Señor barón!...
REGINA ¡Sálvate, hermano mío! (Abrazándose a Fansomas, que se queda en el foro.)
FANSOMAS Nada temas.
PLANCHÉ Perdone usted, señor barón; se me ha

dicho que usted es la persona que puede darme noticias acerca cierto individuo llamado Emilio Carleaux, (Movimiento en Garubier.) que cometió hace veinte años el horrible asesinato en Australia.

GARUBIER Ignoro cuanto usted me dice, señor inspector.

PLANCHÉ Algo debe usted saber, desde el momento que me consta que las víctimas fueron los padres de la señora baronesa. La hazaña de Fansomas realizada la noche en que se dió el baile en esta casa, y con la cual substituyó la joya del brillante negro por el medallón que contenía la miniatura... (Dirigiéndose a Regina.) Diga usted, señora: ¿no es cierto que es el retrato de su padre? (Garubier mira severamente a Regina; ésta no sabe qué hacer; Fansomas permanece algo apartado.) Hable usted, o confieso que no comprendo este silencio. Usted misma, al tener en sus manos la joya, no pudo contener la exclamación.

FANSOMAS (Por primera vez en su vida raciocina lógicamente este imbécil.)

RENÉ (¡Qué horrible sospecha!)

REGINA (¡Qué hacer, Dios mío!)

GARUBIER (¡Si habla me pierde!)

PLANCHÉ Se trata de vengar la muerte de los autores de sus días, ¿y nada dice usted?

REGINA (No pudiendo sostener la situación se deja caer en una silla, llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Apiádate de mí!

PLANCHÉ ¿Qué significa este llanto? Hable usted, señor barón.

FANSOMAS (Adelantándose.) Significa que el señor barón no es tal barón.

GARUBIER ¡Préndale usted! ¡Es Fansomas!

FARSOT ¡Fansomas!

TODOS ¡Fansomas!

PLANCHÉ ¡Esta vez no te libras de mí! (Dirigiéndose contra él.)

REGINA (Se levanta de repente y le defiende, abrazándose a él. ¡ Atrás todos ! ¡ Es mi hermano !

TODOS ¡ Su hermano !

FANSOMAS ¡ Regina !... Señor inspector, he sido yo quien le ha escrito participándole que en esta casa hallaría usted al asesino Emilio Carleaux. Aquí lo tiene usted. (Señala a Garubier.)

TODOS ¡ Ah !...

GARUBIER ¡ Miente !

FANSOMAS A fin de que no le burlara a usted, vengo yo mismo a sostener la acusación.

PLANCHÉ ¿ Pretendes alguna nueva hazaña con semejante impostura? ¡ Atreverse a acusar al señor barón ! ¡ Un título de familia tan antiguo y respetable !

FANSOMAS ¡ Pero qué estúpido es usted, señor Planché !

PLANCHÉ ¡ Grandísimo bribón !

FARSOT (Se queda corto en llamarle estúpido.)

PLANCHÉ De aquí saldrás custodiado por un batallón de agentes, si es preciso.

FANSOMAS No será necesaria tanta fuerza, porque no me resisto, pero antes debo advertirle a usted que de la antigua y respetable familia Garubier no hay descendiente alguno. Si usted no fuera un ignorante...

PLANCHÉ ¿ Qué?

FANSOMAS Repito, un ignorante, sabría que la familia del barón de Garubier está completamente extinguida, y que por lo tanto, nadie tiene derecho a usar el apellido legítimamente.

GARUBIER (El infierno ayuda a este hombre. ¡ Me perdió !)

FARSOT Tiene razón. La familia Garubier no existe.

PLANCHÉ ¿ Qué?

FARSOT No, señor, no existe.

FANSOMAS ¿ Y usted, señor inspector, no se tomó la molestia de averiguar quien pudiera ser

el hombre que se presentaba con el título?

PLANCHÉ Y usted (A Farsot.) sabía esto ¿y nada me había dicho?

FARSOT (¿A qué lo pago yo?)

PLANCHÉ ¿Entonces de qué me sirve el tenerlo a mi lado?

FARSOT Sencillamente: para tener alguien con quien desahogarse y echarle la culpa de todo.

FANSOMAS Aquí tiene usted a Carleaux, el asesino de mis padres, el cual trataba, junto con un infame, de apoderarse de las minas de oro de Australia, que a mí y a mi hermana nos pertenecen como herederos de mi padre.

GARUBIER ¡Vas a morir! (Se dirige rápidamente a su escritorio, tomando un revólver de uno de sus cajones, pero Fansomas, viendo su acción, se le echa encima arrebatándoselo.)

REGINA ¡Hermano mío!

FANSOMAS No, si leí perfectamente cuanto intentabas. (Teniéndole sujeto aún.)

GARUBIER (¡Maldición!)

FANSOMAS Creo no abrigará usted duda, señor inspector, de la verdad de mis palabras, desde el momento que este canalla trataba de rebatirlas con el cañón de su revólver.

PLANCHÉ Me veo en el caso de detenerle a usted.

GARUBIER Pero no a mí solo. Fansomas, el famoso ladrón, debe seguirme también.

REGINA ¡Tú, hermano mío!

FANSOMAS Señor inspector, ¡qué jornada tan gloriosa la que le he proporcionado! Hoy acrecienta su fama con las dos capturas. Pero permita un momento, no puedo dejar a mi hermana desamparada. (A Regina.) Penetré los secretos de tu corazón. (Toma una mano de René y lo conduce cerca Regina.) Se aman ustedes.

RENÉ ¿Es posible que...?

FANSOMAS Sí, me consta, sé que la merece usted, hágala dichosa.

REGINA ¡Y tú, hermano mío!

FANSOMAS No te apene mi suerte; Fansomas, el ladrón incomprensible, lleva siempre a cabo cuanto se propone; tengo en mi poder el documento que me servirá para recobrar las minas de oro que pertenecieron a nuestro padre; dentro de un mes estaré en Australia, y tú serás millonaria.

TODOS ¿Qué?...

FARSOT (Lo hará, no me cabe duda.)

FANSOMAS Señor inspector, perdóneme usted si me veo obligado a restarle una mitad de gloria en la jornada de hoy. ¡Adiós, hermana mía! (Rápidamente penetra en la primera puerta de la izquierda, cerrándola tras sí. Planché se arroja encima de ella.)

TODOS ¡¡Ah!!

PLANCHÉ ¡Necio de mí!... ¡Escapado nuevamente! ¡Derribemos la puerta!

GARUBIER No, esta habitación carece de salida. Es la biblioteca, donde sólo hay objetos artísticos.

REGINA (¡Mi hermano está perdido sin remedio!)

PLANCHÉ (A Farsot.) Pronto, vaya usted en busca de algunos agentes y echaremos la puerta abajo. (En el momento en que Farsot se dirige al foro aparece por la puerta Renard con unos documentos judiciales en la mano, seguido de dos individuos, que figuran pertenecer al juzgado, y tres o cuatro mozos de cuerda a sus órdenes.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, RENARD, individuos del juzgado y mozos de cuerda.

RENARD Señor barón, en cumplimiento de una orden de embargo, vengo a tomar posesión de los objetos y muebles artísticos

de su pertenencia. Aquí están las copias de los autos y providencias. (Muestra los documentos.)

FARSOT (Bueno está el tal barón.)

GARUBIER No consiento...

PLANCHÉ Soy el inspector Planché, y debo prestar auxilio a las órdenes judiciales.

RENARD Le agradeceré haga usted comprenderle la inutilidad de su negativa.

GARUBIER (¡ Otra nueva complicación !)

PLANCHÉ Mucho más desde el momento que pesa sobre él una terrible acusación. Pero antes, le ruego dé usted orden a los que vienen con usted para que abran aquella puerta, en cuya habitación se ha encerrado nada menos que el terrible Fansomas.

RENARD (¡ Ah ! él mismo me indica dónde está.) Pronto, derriben si es preciso esta puerta. (Se arrojan sobre ella, logrando abrirla.)

PLANCHÉ ¡ Ah ! ¡ Al fin ! (Penetran Planché, Farsot y Garubier.)

RENARD (Habrá tenido tiempo.) Vamos nosotros también. (Penetran Renard y los suyos.)

REGINA ¡ Pobre hermano mío !

RENÉ Regina, el corazón me dice que no le hallarán.

REGINA Si esta habitación no tiene salida alguna.

RENÉ En algo debe confiar cuando en ella se ha encerrado.

PLANCHÉ (Apareciendo de nuevo con Farsot y Garubier.) ¡ Eso es ya incomprensible !

FARSOT Se lo ha tragado la tierra o evaporado en el aire.

RENÉ ¿ Lo ve usted? (Bajo a Regina.)

REGINA ¡ Ah, pero cómo es posible ! (Los individuos que vinieron con Renard salen de la habitación con cuadros y objetos artísticos, apareciendo y desapareciendo por el foro. Dos de ellos conducen una magnífica armadura toda entera. Tras de éstos desaparece Renard.)

FARSOT ¿Qué hacemos? Entre los muebles de la

biblioteca no está, porque los agentes del juzgado acaban de removerlo todo.

RENÉ (Bajo a Regina.) No me cabe duda, este embargo no es más que un engaño de su hermano para escapar.

REGINA ¡Dios lo quiera!

PLANCHÉ Hay que hacer que lo registren todo. A ver, pronto. (Al ver que todos han desaparecido.) ¡Calle, han desaparecido todos! ¡Qué extraño es eso!

FARSOT Sí, señor, todos. No se llevaron más que unos cuadros... Ah, y una magnífica armadura. (Viendo a un criado que vuelve, con ella desmontada.) Calle, es ésta. ¿Por qué la devolverán?

CRIADO Señor, la han devuelto con una carta para el señor Planché.

PLANCHÉ ¿Para mí? ¡Venga!

FARSOT (¿Qué nuevo chasco será éste?)

PLANCHÉ (Leyendo nerviosamente.) «Mi querido inspector: Tengo el gusto de remitirle el traje con el cual he pasado por sus mismas narices.» ¡Ah! «Parto para Australia esta misma noche. — *Fansomas.*» ¡Oh! (Estruja la carta.)

REGINA ¡Gracias, Dios mío!

PLANCHÉ ¡Y tenerle que dejar escapar!

FARSOT Consuélese usted, señor inspector; (Señalando a Garubier.) la captura de este hombre bien vale la libertad de Fansomas.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Obras que tiene existentes TEATRO POPULAR

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. * — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. * — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12 PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13 FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18 JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21 ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22 LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28 DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29 EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37 EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40 LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42 EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44 AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.

47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.

Las marcadas con * están agotadas.



TEATRO POPULAR

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO.
2. EL CRISTO MODERNO.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.
5. LA CARCAJADA.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO.
7. LA TABERNA.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY.
9. FANSOMAS, EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE.

SEMANA PRÓXIMA:

Casa con dos puertas mala es de guardar